

Treball de fi de grau

Títol

Autor/a

Tutor/a

Departament

Grau

Tipus de TFG

Data

Full resum del TFG

Títol del Treball Fi de Grau:

Català:

Castellà:

Anglès:

Autor/a:

Tutor/a:

Curs:

Grau:

Paraules clau (mínim 3)

Català:

Castellà:

Anglès:

Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

Català:

Castellà:

Anglès:

Compromís d'obra original*

L'ESTUDIANT QUE PRESENTA AQUEST TREBALL DECLARA QUE:

1. Aquest treball és original i no està plagiat, en part o totalment
2. Les fonts han estat convenientment citades i referenciades
3. Aquest treball no s'ha presentat prèviament a aquesta Universitat o d'altres

I perquè així consti, afegeix a aquesta plana el seu nom i cognoms i el signa:

***Aquest full s'ha d'imprimir i lliurar en mà al tutor abans la presentació oral**

SUMARIO

Introducción.	Pg.0
Prólogo.	Pg.1
Capítulo 1: Érase una troika.	Pg.4
Capítulo 2: Bajo vigilancia.	Pg.6
Capítulo 3: El Napoleón del Sarre.	Pg.8
Capítulo 4: Augstein & Wallraff.	Pg.9
Capítulo 5: El Napoleón del Sarre II.	Pg.10
Capítulo 6: Historia de una asimilación	Pg.12
Capítulo 7: El Napoleón del Sarre III.	Pg.16
Capítulo 8: El cuarteto filosófico.	Pg.19
Capítulo 9: Las idus de Mannheim.	Pg.22
Capítulo 10: El dedo de Varoufakis.	Pg.24
Capítulo 11: Bicefalia.	Pg.27
Capítulo 12: Bajo vigilancia II.	Pg.31
Capítulo 13: Bicefalia II.	Pg.33
Epílogo: El corazón late a la izquierda.	Pg.36

INTRODUCCIÓN

Los objetivos del presente trabajo responden a una parte de interés personal y a otra parte de reto. En cuanto al interés, me refiero a la propia temática del trabajo: un recorrido por los partidos de izquierda en un país que estoy intentando conocer, como es Alemania. ¿Por qué la izquierda en Alemania? Por una cuestión de contexto y coyuntura histórica que entiendo que justifica la elección del país por las dificultades específicas que ha tenido allí la izquierda para sobrevivir.

Por lo que respecta al reto, me refiero especialmente al formato: ¿cómo encarar un reportaje de un país al cual, por cuestiones de logística, no tienes fácil acceso? ¿Cómo afrontar un reportaje de casi 40 páginas sobre un tema tan extenso y tan ambiguo y tan complejo como es “la izquierda”? Durante el proceso de realización del trabajo he ido madurando la idea. Finalmente y tras sufrir algunas mutaciones en su estructura, dí con el formato que creía que más favor le podía hacer: coger a los personajes más emblemáticos de las últimas décadas y que hubieran tenido algo que ver con los procesos políticos y sociales de la izquierda en Alemania. Puesto que la temática era inabarcable, decidí utilizar a personajes que, a través de su historia, pudieran servir de ejemplo de la trayectoria de la izquierda, del mismo modo que los partidos políticos personifican y ejemplifican las políticas que defienden en personas concretas. En definitiva, el valor del ejemplo.

En cuanto a la metodología y el trabajo a seguir, se ha fundamentado en cualquier tipo de documentación, ya fuere de carácter textual o audiovisual, numerosos artículos de revistas y diarios tanto alemanes como españoles como ingleses, algunas entrevistas con periodistas o políticos implicados en la cuestión y todo un conjunto de información recopilada que luego he intentado recopilar y elaborar de modo que permitiera realizar como un fresco: toda una variedad de personajes en momentos temporales distintos y por motivos diferentes.

PRÓLOGO



7 de noviembre de 2014. El antaño cantautor y disidente alemán, Wolf Biermann, se apoyó sobre la pequeña y discreta tarima habilitada para la ocasión, blandiendo la guitarra y con la pose erguida, como el aguerrido músico que fuera una vez. Su expectante auditorio: 361 diputados del *Bundestag*, el Parlamento alemán, encorbatados y rendidos ante los pies del antiguo disidente de la RDA. Como telón de fondo: el tono sobrio y la atmósfera aséptica de la cámara principal del *Reichstag*, el insigne edificio imperial que sirve de sede a la soberanía nacional; el mismo en el que ondeara victoriosa la bandera de la URSS, izada por obra y gracia de los soldados soviéticos Melitón Kantaria y Mijaíl Yegorov como emblema de la victoria frente a los nazis.

Ante Biermann, los cuatro partidos alemanes presentes en el Bundestag: los socialdemócratas del SPD, los conservadores de la CDU de Angela Merkel, el partido de Los Verdes y Die Linke, formado por poscomunistas y antiguos socialdemócratas. Su mirada, de azules ojos saltones, escrutaba aquí y allá con minuciosidad. Había sido invitado para tocar con motivo del pleno conmemorativo del 25 aniversario de la caída del Muro de Berlín. O eso es lo que los diputados del Bundestag creían. Biermann había venido para cazar a una presa y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

De repente una voz anunció su presencia, los murmullos se apagaron y se hizo el silencio. Biermann oteó una vez más a los presentes y entonces empezó a tocar. Las notas se sucedían una tras otra, los acordes resonaban y la gran sala parlamentaria permanecía callada mientras la espasmódica mirada de Biermann y las notas de la guitarra se combinaban, se acompasaban y finalmente se fusionaban en lo que parecía un acto de hipnosis. Fue entonces, cuando el silencio y la melodía ya hacía rato que habían enmudecido a la sala, cuando dejó de tocar. Rompiendo el protocolo, dejó la guitarra, se acercó al micro y se dirigió al presidente del *Bundestag*, el democristiano Norbert Lammert:

-Señor Lammert, le agradezco mucho que me haya invitado a estar hoy aquí. Como le considero un tipo con sentido del humor, presiento que no le gustaría que me fuese sin aprovechar antes la ocasión de sacudirle dos bofetadas a Die Linke.

Unos leves murmullos rompieron el silencio. El panel informativo del canal Phoenix, que retransmitía en directo la actuación en sede parlamentaria, recordaba a los espectadores el carácter conmemorativo de la sesión plenaria. Pero Biermann había venido a otra cosa.

Pese a que había sido un convencido comunista durante su juventud, su carácter inconformista lo había acabado enemistando en los 60 con las mismas autoridades de la RDA a las que había defendido en el pasado. Su nombre había aparecido en las listas negras e incluso la Stasi había llegado a elaborar una estrategia para desacreditarlo públicamente. Finalmente, aprovechando un viaje para realizar un concierto en la vecina RFA, el Politburó del SED (Partido Socialista Unificado) se deshizo de su incómoda presencia retirándole la ciudadanía. Luego el muro cayó y la RDA desapareció, con lo que Biermann, hombre de carácter al que le gustaba el cuerpo a cuerpo, siempre se quedaría con el regusto amargo de no haber concretado su venganza. Sin embargo, eso iba a cambiar en unos instantes.

Frente a él se sentaban los 64 diputados del partido izquierdista de Die Linke, que había aglutinado a muchos de los ex comunistas del SED, entre ellos su líder, el abogado Gregor Gysi. Tras un cuarto de siglo en el que el SPD y la CDU habían llegado a hacerse indistinguibles en sus políticas y en el que Los Verdes habían acabado relegados a ser un partido más del sistema, Die Linke era la única fracción que aún simbolizaba una enmienda general a la totalidad. El precio a pagar fue caro: el estigma generalizado y el castigo de cargar eternamente con la pesada losa de la RDA. Desde su escaño, Gregor Gysi observaba ahora al cantautor y parecía adivinar lo que iba a ocurrir a continuación. En las sillas de los miembros del gabinete gubernamental, Angela Merkel y Sigmar Gabriel, vicescanciller y aliado socialdemócrata en la coalición de gobierno, parecían divertirse. Blandiendo aún la guitarra, Die Linke era el rostro que Biermann había querido golpear durante tanto tiempo. Lammert, haciendo gala de su sorna habitual, intentó entonces reconducir la situación:

-Señor Biermann, quizás pueda ayudarle a recordar el orden del día: ha sido usted invitado para cantar. Sin embargo, si así lo desea, siempre puede usted postularse como candidato a diputado. Si sale elegido le garantizo que entonces podrá usted hablar.

El Bundestag en pleno estalló en risas y aplausos. El tono general era afable y festivo, pues el músico era un personaje querido. Pero Biermann, precedido por su fama de díscolo, arremetió de nuevo:

-Tiene usted razón, señor Lammert...Pero naturalmente no dejé de hablar cuando vivía en la RDA y menos aún voy a dejar de hacerlo aquí.

Una nueva oleada de risas invadió la sala. Entonces Biermann apoyó desafiante el pie en la tarima y se dirigió a los escaños de Die Linke:

-Para vosotros ya es castigo suficiente tener que estar sentados aquí y tener que escuchar lo que tengo que decir.

-¡Nosotros queremos! -gritó desde el fondo el diputado de Die Linke, Dietmar Bartsch.

-“Queremos”...Claro, claro...No nací ayer. Conozco algunas de vuestras caras. Cada una de ellas es una novela en sí misma.

-¡Nos han votado!- interrumpió ahora la diputada del partido, Petra Sitte.

-Votado...La historia de este Bundestag ya ha demostrado antes que no debería hablarse de unas elecciones como si fueran la palabra de Dios. ¡Así que no vayas tan de lista! -replicó Biermann alzando la voz con el dedo desafiante.

Dietmar Bartsch gritó de nuevo desde la gradería:

-¡Quien señala a alguien con el dedo acaba provocando que lo señalen a él!

-Eso ya lo sé. [...] Por desgracia, vuestra condena es que vais a tener que escucharme hoy aquí.

-¡No hay ningún problema!-gritó nuevamente la diputada Sitte.

-Ya sé que os hacéis llamar La Izquierda.-replicó Biermann con desprecio.-Pero no sois de izquierdas. Tampoco sois de derechas. Sólo sois unos reaccionarios. Sólo un resto miserable de lo que, por suerte, ya ha sido superado. Por eso me alegro de que hoy pueda estar aquí, para cantar una vieja canción que se llama *El aliento*...

-¡Por fin una canción!-gritó otro de los diputados de La Izquierda.

-Esta canción.- continuó Biermann haciendo oídos sordos- que al Señor Lammert le gustará escuchar y que a mi tanto me gusta cantar...Es *El Aliento*. *El aliento* que estuvo con aquellos que mostraron algún tipo de oposición durante la RDA en distinto grado -algunos cobardemente, otros con valentía [...] Sé que algunos de quienes estuvieron en prisión, como mi amigo el pastor Matthias Storck y su mujer Tine, sobrevivieron en la celda gracias a esta canción. Y es maravilloso que ahora haya pasado de cantarse en las prisiones de la RDA a cantarse aquí, en el parlamento de la democracia alemana. ¿No creéis?

Todos los diputados, a excepción de Die Linke, replicaron con otro estruendoso aplauso y Biermann, finalmente, entonó la canción. El resto de la sesión transcurrió con absoluta normalidad. El canciller y la vicecanciller acudieron a estrecharle la mano al cantante y el presidente del Bundestag, Norbert Lammert, continuó con el orden del día. Pero para Die Linke ya nada tuvo que ver con la normalidad. El día que debía haber conmemorado la unidad de todos se había vuelto de nuevo en un ariete en su contra. 50 años después de aquella bandera roja ondeando en lo alto de aquél edificio, Die Linke, heredera del Partido Socialista Unificado de la RDA, asistía ahora a su simbólico y oficioso funeral.

CAPÍTULO 1: Érase una Troika.



Septiembre de 1994. *“El orden debe volver a gobernar en Alemania”,* apuntaba la voz en off durante la emisión del anuncio electoral en televisión. En él, tres hombres trajeados paseaban risueños junto a las imponentes columnas de la Antigua Galería Nacional (*Alte Nationalgalerie*), el solemne edificio neoclásico que el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, había mandado erigir como “santuario del arte y la ciencia” en Berlín. El viejo edificio era una reliquia pendiente de restauración, pero había sido escogido como escenario para grabar el spot de campaña del SPD, el Partido Socialdemócrata Alemán (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*). El objetivo era transmitir confianza y solemnidad.

“Oskar Lafontaine, el ministro de Finanzas que acabará con el caos político en Bonn”, rezaba la voz en off mientras se veía a Lafontaine interpelar a sus acompañantes; *Gerhard Schröder, el ministro de Economía que luchará por vuestros puestos de trabajo”,* continuaba mientras los tres hombres sonreían; *“Rudolf Scharping, el canciller que reconciliará a todos los alemanes”.* De fondo, *Pompa y Circunstancia*, la célebre marcha orquestal del compositor Edward Elgar. Y finalmente, la sentencia final: *“Un equipo con fuerza. El 16 de octubre, vota por el cambio. Vota SPD”.* Oskar Lafontaine, Gerhard Schröder, Rudolf Scharping. Eran los tres hombres elegidos por el SPD para hacer frente a la mole física y política de Helmut Kohl, el canciller conservador de la CDU que permanecía invicto e imbatible desde que fuera elegido canciller en 1982. Llevaba 12 años en el poder y se había convertido en una auténtica institución: había logrado la tan ansiada reunificación alemana y había llevado a Alemania y a Europa por la senda de la unidad. Era un animal retórico y político, un hombre que había logrado asemejar su figura a la del país hasta hacer a una inseparable de la otra. La mayoría lo llamaba *Der Vater*, el padre, pero para sus rivales, en cambio, era una auténtica apisonadora capaz de frenar el futuro político de cualquiera que intentara acceder a la cancillería.

Con el fin de acabar una vez por todas con la imbatible racha del democristiano, el SPD había intentado reunir a tres de sus mejores hombres, los llamados *Nietos de Brandt*, la generación de jóvenes socialdemócratas que había crecido en el SPD bajo la protección del antiguo canciller Willy Brandt y que podían constituir una alternativa fiable contra Kohl. Los tres candidatos parecían ciertamente el equipo perfecto, pues los tres eran relativamente jóvenes en comparación con Kohl y habían presidido previamente un Land (estado) alemán, condición que por sí sola suele significar la antesala a la candidatura como canciller. Tanto Lafontaine como Schröder se habían hecho a sí mismos, pues perdieron a sus respectivos padres durante la Segunda Guerra Mundial: el de Schröder murió en Rumanía luchando con la Wehrmacht, su padraastro moriría de tuberculosis y su madre – a la que cariñosamente se refería siempre como “la leona”- había llegado a trabajar en hasta cinco trabajos distintos para sacar a sus cinco hijos adelante, mientras Schröder se dedicaba a pelar patatas o ayudar en ferreterías. Lafontaine, por otro lado, fue enviado a un internado católico en Prüm. “Eso lo obligó a convertirse en político desde una edad muy temprana, pues en una institución tan jerárquica aprendió a moverse dentro de una estructura que se parecía mucho al aparato de un partido”, recordaba uno de sus amigos de infancia, Alfred Gulden. Sin embargo, ahí se acaban las cosas en común.

Lafontaine había estudiado física, manejaba la precisión y la claridad expositiva como un florete, y era además un gran retórico y orador. No imponía con el físico, sino con la palabra. Ya desde su prematuro ingreso en el SPD podía aplicarse aquella frase que Mirabeau pronunciara sobre Robespierre: “Llegará lejos, se cree lo que dice”. Tenía un carisma desbordante que aprovechaba para encandilar a las masas y su cara redonda se enrojecía durante sus apasionados discursos. Pese a ser teutón, parecía como si se hubiera fugado del Mediterráneo. En cuanto a Gerhard Schröder, que estudió Derecho y pronto entró en las juventudes socialdemócratas, lo suyo era cuestión de encanto físico y escénico, amén de un talento innato para el sentido del espectáculo. Le gustaban las cámaras y a las cámaras también les gustaba él. Como Helmut Kohl o Franz Josef Strauss, el legendario líder de la CSU de Baviera, era la encarnación del tópico sobre el arrogante alemán: corpulento, ambicioso, enemigo de los matices y amante de la buena cerveza. Por el contrario, ante tal derroche de talento y carisma, Scharping había tenido la mala suerte de encarnar la mediocridad. Jamás tuvo un drama familiar ni una historia de superación que contar o vender. Estudió política y sociología y era un gran aficionado al ciclismo. Era, sin embargo, el candidato a canciller, a pesar de que nunca había manifestado su interés por serlo. “Es simpático y no tiene pretensiones”, resumía un ciudadano preguntado ante las cámaras por sus cualidades. En otra ocasión, durante una sesión de ciclismo con motivo de la campaña electoral, su bicicleta se encalló de repente delante de los medios y ni siquiera con su mayor hobby logró dejar buena imagen. Allí, en la *Alte Nationalgalerie*, el trío parecía estar unido por una gran amistad. Pero en realidad, algunos empezaban a intuir que aquellos dos hombres que lo acompañaban no estaban allí para apoyarle sino en busca de una oportunidad. Aquél decorado neoclásico ya parecía presagiar la tragedia griega en ciernes: en menos de cinco años, un golpe de timón acabaría con el futuro político de Scharping y una guerra fratricida entre Schröder y Lafontaine sacudiría como un terremoto la política alemana.

CAPÍTULO 2: Bajo vigilancia I.



“Se ha hecho una reputación de austeridad que apunta a la santidad. Sube sobre los bancos, habla de Dios y de la Providencia, se dice amigo de los pobres y de los débiles [...] desaparece antes de que llegue el peligro y sólo se le vuelve a ver cuando el peligro ha pasado”. La frase, escrita por el Marqués de Condorcet en *La Chronique de Paris* en referencia al éxito de Robespierre, bien podría valer para Gregor Gysi. Siempre atildado, de aspecto impoluto y con una cadencia idónea para los discursos, aquél abogado sarcástico e irreverente que más tarde se convertiría en el Pepito Grillo de Angela Merkel, subió aquel lluvioso **4 de octubre de 1989** a lo alto de una gran plataforma improvisada en pleno centro de la Alexanderplatz de Berlín. Allí, frente a 800.000 personas, en la que fue una de las mayores manifestaciones autorizadas en la RDA empezó, como solía hacerlo, con un chascarrillo:

-Queridos amigos, hablo totalmente libre. Ésta vez leeré algo que me he escrito para que luego, al acabar, yo mismo pueda darme cuenta de lo que haya dicho. Quiero felicitarles en primer lugar, no sólo a ustedes, sino también a la presidencia de la policía (*Volkspolizei*) por esta manifestación - la mayor manifestación organizada por los de abajo y no por los de arriba en la historia de la RDA - que tras ser solicitada judicialmente ha sido también aceptada. Espero que la manifestación pueda seguir transcurriendo sin violencia alguna y demostrar así entre todos que hemos aprendido un poco de cultura democrática.

La manifestación prosiguió entre gritos de júbilo en lo que era un auténtico éxito: un signo de apertura dentro de los raídos muros, aún alzados, de la RDA. La notoriedad de Gysi, sin embargo, venía de lejos. En los 70 y 80 había defendido en los tribunales a algunos críticos del régimen, como Rudolf Bahro, Bärbel Bohley o Ulrike Poppe. Como recuerda el periodista de *La Vanguardia* Rafael Poch de Feliu, los Poppe eran activistas en un páramo donde la actividad siempre debía tener lugar bajo el control del Estado. Para las autoridades, Gerd Poppe, instigador de la “Iniciativa Paz y Derechos Humanos” y su mujer Ulrike, organizadora del primer parvulario no estatal de la RDA, aquella era el tipo de gente que era necesario controlar. Poppe, físico de cuarenta y pocos, había sido vigilado desde hacía tiempo por la Stasi, la policía del Estado, mediante un micrófono ubicado bajo una lámpara del comedor.

La descubrió por casualidad, un día en el que estiró de un cable mientras hacía bricolaje. Poch recuerda cómo intentaba contactar con ellos mediante visitas improvisadas, con estrategias de película de espías para despistar a las autoridades en su absoluto control de la pareja:

-Todo absolutamente inútil, porque lo sabían todo de aquel joven periodista español con documentos de estudiante residente en Berlín Oeste,- recuerda.

En cuanto a Gregor Gysi, el paso del tiempo no sería generoso con aquél abogado del ala reformista del SED que se dedicaba a defender a disidentes vigilados, como se demostraría más tarde. Sin embargo, aquella lluviosa mañana de octubre, frente a más de 800.000 personas, Gysi siguió hablando ajeno a lo que le deparaba el futuro:

-Los momentos excepcionales exigen medidas excepcionales. Antes de acabar quiero decir una cosa sobre nuestro idioma: durante todo este tiempo hemos adoptado muchos anglicismos, contra los cuales, por cierto, no tengo nada en contra. Pero también del ruso hemos adoptado la palabra Datscha. Creo que ya va siendo hora de ampliar nuestro vocabulario para dos palabras más: Perestroika y Glasnot. Sólo cuando hayamos adoptado estos términos lingüísticos podremos adoptar también los conceptos RDA, Socialismo, Humanismo, Democracia y Legalidad. Muchas gracias.

CAPÍTULO 3: El Napoleón del Sarre I.



Oskar Lafontaine era un hombre menudo, ególatra, estratega y brillante. Lo llamaban el *Napoleón del Sarre* por su total control de su feudo, el pequeño Bundesland alemán del mismo nombre que siempre había estado en disputa con los franceses; un auténtico paraje bucólico aislado en un rincón fronterizo de Alemania que jamás había dado más problemas de los necesarios hasta la llegada del agitador. Lafontaine se había destacado en el SPD, por su defensa de los nuevos valores legados por Willy Brandt para modernizar el partido: el nuevo rol de la mujer, la aparición del ecologismo y una nueva reforma laboral que se centrara en los derechos de los trabajadores. Tras su paso por la alcaldía de Saarbrücken, capital del Sarre, Lafontaine alcanzó la fama con una defensa a ultranza del sector público y la representación del ala más izquierdista del partido, algo que en no pocas ocasiones le crearía conflictos internos que siempre lograría sortear. Su lema parecía ser, como decía Danton, “primero la audacia, luego la audacia y después la audacia”. Su tendencia a ser un verso suelto en su propio partido no solía gustar a los viejos jefes del partido. “Es un hombre que habla muy complicado”, diría con su simpleza habitual el ex canciller Helmut Schmidt, famoso por su pragmatismo. Y es que Lafontaine se había enfrentado al veterano socialdemócrata cuando, aún como canciller, éste había decidido desplegar misiles de crucero equipados con ojivas nucleares en respuesta a los SS-21 soviéticos. La respuesta fue un bloqueo de la base militar de Mutlangen que duró tres días y en el que también participó Lafontaine.

20 de octubre de 1984. Lafontaine volvió a hacer honor a su fama. Hacía más de un mes y medio que había acaparado la atención al convertirse en la primera personalidad política de relieve que, desde el Oeste, se pronunciaba en contra de la OTAN. Contaría a *DER SPIEGEL*: “Alemania debe arriesgarse a abandonar la OTAN y convertirse en una zona desnuclearizada para escapar a la rivalidad atómica”. Las protestas y manifestaciones serían durante esos días moneda de cambio habitual. La última: la manifestación fallida que, bajo el lema *Sólo los peces muertos nada en favor de la corriente* pretendía hacer una cadena que uniera Hasselbach, lugar en el que se estacionaban los misiles Cruise, y Duisburg, una ciudad de la Cuenca del Ruhr con un alto índice de paro. Ecología, pacifismo y empleo, tres reclamos unidos simbólicamente en uno sólo. “Nuestra vida no puede depender del juego de lotería de las computadoras que accionan los misiles atómicos”, diría aquella tarde bajo la lluvia.

CAPÍTULO 4: Augstein & Wallraff



Cuando en una entrevista realizada en 1993 le preguntaron a Rudolf Augstein, fundador de *DER SPIEGEL*, si el periodismo servía para cambiar las cosas, el periodista contestó:

-Hay dos partes dentro de mí: por una parte está el periodista que hace y cree en su trabajo y, junto a él, también el filósofo que piensa que a través del periodismo no se puede cambiar nada sustancial. [...] Todos tenemos contradicciones. Lea a Nietzsche, está lleno de ellas.

Con esa mentalidad, no sería de extrañar que Augstein, uno de los personajes más reputados de la prensa y la intelectualidad alemana a raíz de la fundación de su revista más emblemática, hubiera acuñado la reconocida frase “Soy de izquierdas, ante la duda” o que más tarde se hubiera incorporado al FDP, el partido liberal, en un país en el que el Estado siempre ha tenido un papel fundamental. *DER SPIEGEL* representaba, desde su fundación en 1947, la mayor y más reputada fuente de información. Desvelaba casos de corrupción, señalaba escándalos políticos, establecía la agenda mediática...

-“Periodismo asqueroso”, “periodismo de cloaca”, periodismo de gánsters”. Acabo de citar, por el siguiente orden, a Oskar Lafontaine, Helmut Kohl, Franz Josef Strauss en referencia a *Der Spiegel* - dijo el periodista Giovanni di Lorenzo en una de las emisiones de su programa dedicada al semanario.

Pese a que *DER SPIEGEL* había adquirido una fama de revista afín a la izquierda, la anterior escena demostraba una cierta unanimidad en el rechazo, independientemente del signo político, como en el caso de Lafontaine. Era, en definitiva, un periódico incómodo. Franz Josef Strauss, por ejemplo, se convirtió en uno de sus mayores enemigos. Strauss, un político muniqués ultraconservador que había servido en la Wehrmacht alemana, era todo un símbolo del Bundesland que presidía, la conservadora Baviera, y la figura más prominente de la CSU (Unión Social Cristiana), el partido político que representa a la CDU de Angela Merkel en Baviera. “Es la Gestapo de nuestro tiempo”, llegó a decir en una ocasión. En 1962, sin embargo, fue la gota que colmó el vaso.

Un artículo del semanario titulado *Bedingt Abwehrbereit* (Preparación relativa para atacar) sobre la baja preparación de las fuerzas armadas alemanas puso en evidencia al Ministerio de Defensa, dirigido precisamente por Strauss, que mandó investigar al diario por haber puesto al ejército en el punto de mira. Durante el curso de la investigación, Strauss también mandó ocupar las oficinas del diario en Hamburgo y tanto Augstein, en calidad de director, como Conrad Ahlers, el autor del artículo, fueron arrestados. Rudolf Augstein permaneció hasta 103

días detenido hasta que fue liberado y, en mayo de 1965, el Tribunal Supremo Federal rechazó abrir un proceso judicial contra los periodistas. El caso se cerró, Strauss tuvo que dimitir de su cargo y ahí comenzó el mito del diario. Augstein no fue, sin embargo, el único periodista en sufrir la persecución de Strauss.

A principio de los 80, Günther Wallraff, conocido como el periodista de las mil caras, ya llevaba mucho tiempo utilizando el arte del disfraz y la infiltración para desvelar escándalos periodísticos. Con tan sólo 16 años, Wallraff ya había escrito en un diario: "Me enmascaro para descubrirme a mi mismo. Soy mi propio constructor de máscaras". El hoy vendedor de best-sellers de reportajes de investigación seguiría esa máxima durante toda la vida: tras ser golpeado, torturado y arrestado en Grecia durante tres meses en los 70 por repartir octavillas contra la dictadura, sus disfraces lo llevarían a convertirse en muchas personas a la vez: haciéndose pasar por un millonario alemán pro nazi, por ejemplo, logró contactar con Antonio Espinola, presidente provisional de Portugal tras la caída de la Junta Militar. Espinola buscaba un proveedor de armas para lograr mantenerse en el poder, pero el engaño de Wallraff acabó con sus planes, que salieron a la luz. En los 80 fijaría un nuevo objetivo: desvelar la explotación laboral, la xenofobia y las prácticas indeseables de algunos altos miembros del empresariado alemán. En una ocasión, haciéndose pasar por turco, se infiltraría en el feudo de los bávaros conservadores durante la celebración del Miércoles de Ceniza, en Passau. El invitado estrella del acto iba a ser, nada más y nada menos que Franz Josef Strauss. Los asistentes a la celebración rugían y entrechocaban en sus manos las grandes jarras de cerveza. El espectáculo teutón en su máximo esplendor. "Las manos como manojos de salchichas se movían ágiles y los tenedores que empuñaban transportaban a las bocas jamón, Frankfurter o salami; alzaban las jarras de loza paratomar largos tragos de líquido que volvía a aparecer instantáneamente en carillos y frentes", había resumido en una ocasión el escritor Patrick Leigh Fermor sobre su experiencia en una de esas fiestas. Y de repente, apareció Strauss:

-¡Es en el ciudadano normal, la mujer normal, el hombre normal en quien nosotros tenemos que pensar, y no en unos cuantos marginados! - gritó Strauss desde el estrado.

Wallraff, reconvertido entonces en el turco Alí, sentía como todas las miradas se posaban sobre él. No obstante, logró acercarse a Strauss a la salida, cuando aseguró ser un emisario de los Lobos Grises, un grupo paramilitar neofascista, cuyo jefe ya se había entrevistado alguna vez con Strauss, que era precisamente el azote del comunismo en Alemania. Como recordaría el propio Wallraff, "para mi supuso encontrarme de cerca con el político más obseso por el poder y el más antidemocrático de la posguerra, el cual me había llevado ya varias veces a los tribunales". Wallraff no era ajeno a sentarse frente a un juez. Bajo la identidad falsa de Hans Esser, logró infiltrarse y desvelar las interioridades del diario de más tirada de Europa, el populista *BILD*; un periódico de impresión diaria que, como *DER SPIEGEL*, movía los hilos de la sociedad alemana. Sus artes, sin embargo, no eran tan honrosas: medias verdades, estilo sensacionalista, fuentes no siempre bien contrastadas...Suyos serían titulares tan polémicos como el de "Griegos: vended vuestras islas", en referencia a la necesidad de pagar la deuda alemana de una vez. El todopoderoso consorcio Springer, propietario de *BILD*, lo acabaría sentando en el banquillo, dando pie a una larga batalla judicial y especialmente mediática que continuaría décadas después. Fue precisamente desde los distintos medios propiedad del Grupo Springer desde donde partirían las acusaciones continuadas de que Wallraff había sido un espía de la Stasi. Como recordaba el periodista de EL PAÍS José Comas, "la Stasi disponía de golosinas y tentaciones irresistibles para cualquier periodista occidental interesado en la denuncia [de las prácticas capitalistas en la RFA]". La polémica estaba servida, una vez más, gracias al *BILD*.

CAPÍTULO 5: El Napoleón del Sarre II



11 de marzo de 1985. El SPD obtuvo la mayoría absoluta en el Sarre, la primera victoria de un partido de la RFA sin necesidad de formar coalición. Lo logró gracias a una estrategia brillante de Lafontaine, que durante los meses previos había estado apropiándose de las reivindicaciones de Los Verdes y las había acabado incorporando a sus programa, pese a que él también era un ecologista convencido. Lo había demostrado sobradamente durante sus campañas contra los misiles o la energía nuclear. Nacido y criado en un lugar como el Sarre, Lafontaine era un hombre que había incorporado la estima por la naturaleza a la larga lista de simpatías de la izquierda que él representaba y que veía a Helmut Schmidt, el último canciller socialdemócrata, como un pragmático más interesado en los acuerdos políticos internacionales con EEUU o la OTAN, que en hacer valer el auténtico programa socialdemócrata. El ex canciller se había granjeado una reputación como hombre resolutivo porque había tenido que lidiar con la Fracción del Ejército Rojo (RFA), una organización comunista que había conmocionado al país con el secuestro de un avión de pasajeros o el asesinato del jefe de la patronal alemana, Hans Martin Schleyer. “Las virtudes que encarna Schmidt – laboriosidad, orden, puntualidad – pueden servir tanto para hacer una labor positiva como para dirigir un campo de concentración”, afirmaría Lafontaine.

28 de enero de 1987. El socialdemócrata Johannes Rau anunció su retirada como jefe del SPD tras su fallido intento de ser canciller, pues había rechazado una coalición con Los Verdes para desbancar a Schmidt. Se trataba del cargo ideal para un tipo ambicioso como Lafontaine: un cargo desde el que tomar las riendas de un partido al que quería hacer girar aún más hacia la izquierda. Pero no era el único con ambiciones de gobierno. Aquella tarde y tras una larga reunión, Schröder y Lafontaine se fueron a beber cerveza a Provinz, bastión de Los Verdes en el que Schröder pasaría muchas veladas junto a Joschka Fischer, el futuro líder del partido ecologista y una de las personas más importantes en el futuro político que los deparaba a ambos. Eso era Provinz: un nido de jóvenes promesas ansiosas por una izquierda de nuevo cuño, sin la losa de los partidos y los políticos tradicionales. Tanto el SPD como los Verdes se mostraban a favor de lograr concesiones en materia de cierre de nucleares. Desde la barra, la verde Antje Vollmer advirtió:

-Con Lafontaine podríamos echar abajo este gobierno en las próximas elecciones. Pero primero tendrá que imponerse en su propio partido.

CAPÍTULO 6: Historia de una asimilación



13 de mayo de 1999. Una escisión amenazaba con fracturar al partido de Los Verdes para siempre. Su líder, el ministro de Asuntos Exteriores, Joschka Fischer, formaba coalición de gobierno junto con los socialdemócratas de Gerhard Schröder con los que habían logrado desbancar finalmente a Helmut Kohl. Aquella mañana, en el congreso extraordinario de Los Verdes en Bielefeld, Fischer esperaba su turno sentado en una mesa del estrado para hablar ante los delegados del partido. Debía convencer al ala pacifista de su partido de que la intervención de Alemania en la guerra de Kosovo era una cuestión necesaria e inaplazable; aunque ello supusiera contravenir los principios más puros de Los Verdes, aquellos que lo habían definido como tales. El ambiente era tenso. Había gritos, pancartas, silbidos. La entrada era libre. Según el diario conservador *Die Welt*, Fischer había amenazado con dimitir si su partido adoptaba una resolución que impidiera la actuación en el marco de la OTAN. Fue entonces cuando ocurrió: una bolsa repleta de pintura roja golpeó a Fischer en el oído y lo bañó en rojo sangre mientras se sucedían los gritos de fondo:
-¡Belicista, belicista!

Pero, ¿cómo habían llegado hasta allí? La historia de los Verdes era la historia de la pugna constante entre el humanismo de los ideales y el choque con los mecanismos de la política real. Era también la historia de cómo el poder moldeaba a los hombres y también a sus principios. El origen de los verdes se remontaba a los movimientos sociales – ecologistas, antinucleares, antibelicistas y feministas – y a los pequeños partidos de la izquierda comunista extraparlamentaria. Todos estos movimientos sirvieron de caldo de cultivo para la creación del partido en 1980. Acostumbrados a protestar en las calles, su llegada al Bundestag fue una imagen digna de ver. “Vernos a nosotros allí, con nuestras largas barbas y nuestros jerséis peruanos debía ser algo bastante desagradable para todos aquellos señores encorbatados”, recordaba Otto Schilly, antiguo líder de Los Verdes que con el tiempo acabaría pasándose al SPD. “Cuando llegamos al Parlamento de Bonn, la pregunta fue: ¿y ahora qué?” comentaba Marieluise Beck, una de sus miembros.

Aquellos activistas, catalogados por la prensa como radicales, no parecían muy distintos de los idealistas de cualquier otro lugar: pancartas con lemas contra la guerra o las nucleares (*Atomweg ist Teufelweg, el camino de las armas nucleares es el camino del diablo* rezaba una de ellas), manifestaciones que acababan bajo el golpe limpio de la policía...La llegada al Bundestag, con sus prendas hippies, sus melenas y sus ramos de flores, revolucionaron Bonn. Los diputados de siempre los miraban como a animales raros, ajenos al hacer habitual de la política y acostumbrados a verlos merodear por las comunas de la ciudad. Para ellos, era como si hubieran vuelto los tiempos de Marat en la Convención Nacional de Francia, pese a que aquellos pacifistas pedían de todo menos que rodaran cabezas.

“Helmut Kohl se sentaba prácticamente a nuestro lado en el parlamento de Bonn y solo tenía que girar un poco la cabeza para vernos”, apuntaba con orgullo Beck. Precisamente fue ella la que protagonizó otro de los momentos de agitación del partido cuando, en la sesión de investidura de Kohl como canciller, Marieluise Beck se le acercó con una rama de pino, símbolo del partido. Aquello no gustó a algunos sectores, como Otto Schilly. “Ahora estábamos en el parlamento, me pareció un acto muy poco acorde con el momento”. Marieluise lloró aquel día ante las cámaras con motivo de las críticas por su acto (entre las medidas renovadoras que habían aportado Los Verdes se encontraba la celebración de las reuniones de partido con puertas abiertas para los medios; también la rotación de parlamentarios cada tres años y la ausencia de líderes). Sin embargo, aquella rama de pino sería un síntoma de los problemas por venir. “Allí me dí cuenta que Schilly quería dirigir la fracción él solo, en contra del espíritu del partido, y que no le gustaba lidiar con mujeres como nosotras”.

Las mujeres fueron precisamente otras de las novedades que aportaron Los Verdes al Parlamento. “Era un mundo de hombres, sólo para hombres y de repente estábamos nosotras allí, entre todos ellos”, explicaba una de esas nuevas diputadas, Gabriel Potthast. El feminismo idealista de los verdes chocaría también con la dura realidad. Las menciones al machismo en el parlamento desataban las risas y pataleos de la mayoría de diputados hombres. En cuanto al partido, Schilly y Joschka Fischer, este último carismático y talentoso, muy apto para los discursos, iban haciéndose poco a poco con el liderazgo del partido en detrimento de las mujeres y de un partido que hasta entonces abogaba, por naturaleza, por una forma de gobierno repartida entre distintas personas anónimas. “Por aquél entonces ya estaba claro cuál iba a ser la trayectoria de Schilly y Fischer; eran personas que tenían devoción por el poder”, recordaba Günter Bananas, del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*.

Petra Kelly, una de las fundadoras del partido representó otro de los momentos negros en la transición del partido en su llegada al parlamento. En uno de sus discursos sentenció: “La gente protesta para que tengamos más hijos y menos tanques”. Pero el partido seguía su curso. En las siguientes elecciones no alcanzarían los votos suficientes y acabarían desapareciendo del parlamento. Había que cambiar el partido. “Los individuos juegan un rol en la política, de ahí la cara de los candidatos en los carteles”, apuntaría Schilly, señalando la ausencia de un líder concreto al que la gente pudiera visualizar como una de las causas de su derrota electoral. Fue el primero de los muchos ideales y principios que acabarían perdiendo en medio de esa lucha de fondo entre el ala de los llamados “fundamentalistas” (Fundis) - en palabras de

Joschka Fischer, aquellos que apostaban por mantener el perfil izquierdista y más contestatario - y aquellos que optaban por una política realista (Realos) y que abogaban por concesiones programáticas. Finalmente, fue ésta última la que se impuso. Luego vendría el fin de la rotación de parlamentarios en el Bundestag y, a partir de ahí, vendrían otras concesiones. Un viaje tortuoso que conduciría hasta aquella misma mañana en Bielefeld, en la que Fischer estaba ahora palpándose la oreja izquierda. A su lado, el ministro de Medio Ambiente, Jürgen Trittin, se levantaba estupefacto sin saber qué hacer o decir. La cara de Fischer parecía estar a punto de estallar en lágrimas. Intentó hablar pero el dolor se lo impedía. Se tocaba la cara en la parte en la que había sido golpeado. Sin embargo, aquella agitada mañana de mayo, ni aquel incidente frenó a Fischer. Iba a hablar. Tras ausentarse un rato para recibir asistencia médica, cogió sus apuntes y se dirigió a los micrófonos para pronunciar su discurso. Frente a él, los delegados y los militantes de Los Verdes; algunos escépticos, otros coléricos, quizás algún afín, pero todos sepultados bajo el despliegue de silbidos y griterío que acogió el inicio de su intervención:

-Queridos amigos y amigas – Fischer hizo una pausa y miró a su público, que aumento el tono de su protesta general .- Queridos enemigos. Amados enemigos. Hace medio año que estamos en el gobierno federal. Medio año ya...

-¡Belicista! - gritaron a lo lejos.

-Ya, ya. Ya llegan los gritos, los estaba esperando. "Belicista"...Sí, aquí habla un belicista y a ti en cambio Milosevic te premiará con el Nobel de la Paz.

De repente, el tono de Fischer se endureció. Mientras, allí abajo, los gritos y silbidos también se habían incrementado. Las fuerzas de seguridad intervenían por primera vez para frenar a los militantes más agitados y a aquellos que intentaban cruzar el cordón de seguridad. A la periodista de EL PAÍS, Pilar Bonet, que se encontraba en la sala para cubrir el evento, alguien le susurró con malicia:

-Es una pena que el Armani se le haya echado a perder.

Fischer, sin embargo, continuó:

-¡Se trata de una guerra, sí! Y jamás en mi vida hubiese soñado siquiera que la coalición de Rojos y Verdes de la que formamos parte tuviese que ir a la guerra. Pero esta guerra no lleva durando 51 días, sino desde 1992, queridos amigos y amigas. ¡Y yo os digo a vosotros: esta guerra ha costado mientras tanto centenares de miles de vida! ¡Ese es el punto en el que Los Verdes ya no podemos seguir siendo un partido de protesta, ajeno a la guerra! Hemos decidido entrar en el gobierno en un momento en el que estaba claro que podía producirse una agudización del conflicto yugoslavo. Y yo me acuerdo de que...

Los gritos parecían impedir el discurso por momentos.

-¡No, no voy a parar! ¡No os voy a dar ese placer!

Fischer prosiguió hilando su capacidad retórica. Quienes tenía ante sí no eran unos pacifistas cualesquiera: eran alemanes, herederos de un legado nacional de repulsa a la guerra como consecuencia de la desolación causada por el huracán de los nazis. Sin embargo, Fischer parecía por momentos un encantador de serpientes capaz incluso de domar las reacciones más furibundas que presidían el acto:

-Hay algo que no estoy dispuesto a aceptar: la paz. La paz consiste en que la gente no muera, en que la gente no sea expulsada de sus hogares, en que las mujeres no sean violadas. En eso consiste la paz. [...] Dejadme decir algo: dos momentos cruciales han jugado un papel crucial en mi biografía y no puedo ignorarlos. En Solingen, cuando hubo aquél terrible ataque mortal contra una familia turca por parte de neonazis. Aquello, por supuesto, me recordó a nuestro pasado. Por eso debo preguntarme: si siempre hemos repudiado este tipo de situaciones en el ámbito doméstico: ¿entonces por qué no lo usamos ahora ante las expulsiones y la guerra étnica que ha regresado a Europa en los Balcanes?! [...] No hay comparación con Auschwitz. Pero yo sigo creyendo en dos conceptos: “Nunca más guerra, nunca más Auschwitz. Nunca más holocausto, nunca más fascismo”.

Y más tarde, la traca final de aquel mago los artificios:

-¡Queridos amigos y amigas! ¡Entiendo muy bien las emociones y los argumentos que cada uno lleva consigo, yo mismo me he estado debatiendo entre todos ellos día tras día! Pero yo os pido, queridos amigos y amigas: ¡Lo que ahora necesitamos es la fuerza para dar una respuesta [a la situación en Kosovo]! ¡Y lo que os pido como ministro de Exteriores es que me ayudéis, que me deis apoyo, que no me pongáis palos en las ruedas y que me hagáis salir más fuerte y no más débil de este congreso para poder continuar con nuestra política! Gracias a todos.

Finalmente, aquél día significaría la consagración de Joschka Fischer en el poder. Las fuerzas armadas alemanas participarían en la guerra yugoslava. Pero el partido de Los Verdes ya no volvería a ser nunca más el mismo. Como diría más tarde el periodista Olivier Cyran, el abandono del pacifismo y la fractura interna abriría las puertas a la llegada de una nueva generación de activistas: adinerados y educados, más dados a moverse por los cauces oficiales. Sería el caso de Anja Hajduk, una de las portavoces del partido, que reconocería no haber sido nunca activista antes de ocupar el cargo. “Aparte de votar a Los Verdes”, claro. El periodista Jens Berger lo resumiría a la perfección: “Si antes salían a la calle para manifestarse contra el estacionamiento de misiles de la OTAN y a favor de una sociedad sin clases, hoy protestan por conseguir zonas peatonales en los barrios altos de la ciudad y ventajas fiscales en la instalación de células solares en sus viviendas unifamiliares”. Ahora parecía entenderse mejor aquella frase de Hans-Christian Ströbele, el veterano miembro de Los Verdes de 75 años que acostumbraba a pasear cada día por el barrio berlinés de Kreuzberg, famoso por su ambiente alternativo, okupa y activista: “Hay muchos días en los que no puedo circular con bicicleta sin que alguien no me grite”.

CAPÍTULO 7: El Napoleón del Sarre III



29 de agosto de 1990. El ambicioso Lafontaine había seguido maniobrando para hacerse con la jefatura del SPD. Desde el inocente Sarre, ahora parecía intentar todo tipo de golpes de timón que le permitieran acercar posturas tanto con los votantes como con los dirigentes del ala más centrista y en aquél momento más poderosa del partido. En una televisión alemana había incluso llegado a matizar su inicial posición contra la OTAN, añadiendo que todo dependería de que la permanencia de Alemania en ella se correspondiera con el beneficio de los intereses alemanes.

No obstante, Lafontaine era Lafontaine y seguía haciendo gala de algunos principios irrenunciables: había abogado por la retirada de los Pershing 2, los misiles de crucero, así como de los misiles soviéticos de menor alcance. Durante el año anterior se había incluso entrevistado con Erich Honecker, el líder de la RDA, en un clima de distensión que auguraba una posible y futura reunificación. “Hoy Weimar es suyo [Honecker] pero Goethe es de todos nosotros. Y Tréveris es nuestro, pero Marx es, por supuesto, también suyo”, había dicho Lafontaine delante del dictador.

Lafontaine también había demostrado durante aquellos meses su capacidad de ofrecer un programa completamente nuevo y atractivo. Parecía romper con el sentir general de las cosas: “Ya no existe la izquierda de la industrialización. La izquierda de hoy tiene que alejarse de dos mitos: un crecimiento y un desarrollo tecnológico sin fin. Hay que asumir elementos como la protección del medio ambiente y de la humanidad contra el infierno de una guerra nuclear”. Fue entonces cuando decidió abogar también por la reducción de los salarios y de la jornada laboral, lo que iba a ser, según él, el primer paso para alcanzar una sociedad postindustrial en el que se creciera menos y se dedicara más tiempo a otras cosas.

Parecía como si el discurso de José Mújica hubiera llegado a Alemania con años de antelación. Sin embargo, aquél mensaje no se entendió y despertaría las protestas de los sindicatos, que pudieron haber hecho peligrar su situación en el partido. Ya entonces, el periodista de EL PAÍS, Eduardo San Martín, definía así a Lafontaine: “Decididamente es un radical, entendiendo por radical algo así como lo que representa la señora Thatcher en el otro lado del espectro político. Un hombre al que resulta complicado cazarle alguna de las categorías admitidas para calificar a otros políticos”. Aquel mismo año, sin embargo, el candidato ecologista, izquierdista, opuesto al desarrollismo y favorable a la reducción del trabajo, revalidaría su éxito en el Sarre y sería elegido candidato a canciller. Tras largo tiempo de espera, al Napoleón del Sarre le llegaba su oportunidad. El pequeño Oskar contra el enorme Helmut Kohl. David contra Goliat.

25 de abril de 1990. Lafontaine permanecía sentado en una mesa de un mítin del SPD que tenía lugar en Colonia. La campaña electoral por la cancillería estaba en marcha y Lafontaine estaba exultante.

-¡Billonarios, según Kohl nos hemos vuelto todos billonarios! - solía decir en sus mítins con ironía. Lafontaine llevaba a actores y a cómicos a sus eventos electorales.

Era un showman. Aquella noche, sin embargo, algo se torció. Una mujer morena, con ojeras marcadas y vestida de blanco intentaba flanquear al equipo de seguridad que le impedía el acceso al estrado. Quería entregarle un ramo de rosas a Lafontaine. Finalmente logró acceder y se le acercó bajo el pretexto de entregarle el ramo y que le firmara un autógrafo. Fue entonces cuando ocurrió: la mujer sacó un cuchillo que estaba escondido entre las flores y se lo clavó en la arteria carótida. Lo siguiente fueron gritos, agitación, la aparición repentina de los servicios de urgencia y el cuerpo de Lafontaine manando sangre en el suelo. Mientras tanto, la mujer se había sentado en una silla y miraba la escena. Se llamaba Adelheld Streidhel. Había sido condenada por pirómana en anteriores ocasiones y tenía problemas psíquicos. Los vecinos de su pueblo, Bad Neuman ya habían advertido en anteriores ocasiones de sus manías persecutorias. “Durante un tiempo nos estuvo preguntando lo que había que hacer para comprar una pistola: aseguraba que la perseguían y la querían violar”.

29 de mayo de 1990. Lafontaine había sobrevivido y ya había vuelto a hacer campaña. Sin embargo, las cosas no iban demasiado bien para él: se oponía al tratado para unificar a nivel económico, monetario y social a las dos Alemanias. Sí lo defendía, por el contrario, Helmut Kohl, el canciller al que todos los alemanes vitoreaban ya como el canciller que había logrado la Reunificación. Una vez más, era un movimiento arriesgado y contra el sentir general de la población: Kohl ofrecía *paisajes floridos* (“*Blühenden Landschaften*”) tras la reunificación total; era la personificación de una promesa idílica. Lafontaine, en cambio, araba en el desierto: advertir contra el caos económico que podría conllevar una rápida reunificación era como llegar a una fiesta y apagar la música. Nadie quería saber nada de ello, como se demostraría más tarde.

1 de enero de 1990. La era Lafontaine parecía haber llegado a su fin. Una vez más, los socialdemócratas perdieron las elecciones, pues a pesar de la brillantez del candidato, éstos no habían sabido leer el *Zeitgeist* del momento. Como recordaría el presidente del partido, Bjorn Engholm: “Lafontaine fue aplastado políticamente a causa del análisis que hizo de la situación durante la campaña y ahora se ha demostrado que tenía razón”. Era verdad. La rápida reunificación había producido un desajuste entre las dos Alemanias: las empresas del este entraban en quiebra y se iban al oeste; el tipo de cambio se había convertido en un caramelo envenenado; las tasas de paro no paraban de crecer. Pero era demasiado tarde y Lafontaine se había retirado ya a su refugio en el Sarre. Mientras tanto, el puesto a candidato a canciller permanecería vacante.

19 de enero de 1993. El declive de Lafontaine parecía imparable. En junio del año anterior, una moción de censura había intentado apartarlo del gobierno del Sarre, el cuál aún presidía, por un presunto cobro ilegal de 100.000 marcos. Lafontaine se defendió asegurando que era una pensión para funcionarios que había cobrado como antiguo alcalde de Saarbrücken. Ahora, un nuevo escándalo, denunciado por el semanario *DER SPIEGEL*, volvía a llamar a sus puertas: según el reportaje, tanto a Lafontaine como a su hombre de confianza, el jefe del grupo parlamentario del Sarre, Reinhard Klimmt, se les relacionaba con un proxeneta francés, Hugo Peter Lacour, que se había fugado de Alemania por asesinato. Ahora se hallaba encarcelado en Francia pero, según contaba la historia, en los 60 había regentado el burdel de lujo *La Cascade*, de Saarbrücken, al que los dos socialdemócratas habrían asistido con asiduidad.

-¡Es algo normal, llevo 20 años de actividad aquí y es normal que en algún momento pueda haber mantenido contacto con alguien así porque he estado en muchos lugares a la vez y conozco a mucha gente, casi a la mitad del Sarre! -gritó en un mítin.

El asunto volvió a llevar a Lafontaine al ostracismo político. Derrotado tras perder las elecciones, debilitado tras el intento de asesinato y asediado por los dos últimos escándalos, parecía el fin del pequeño Napoleón. Pero aún tendría mucho que decir.

CAPÍTULO 8 : El cuarteto filosófico.



-Buenas noches, señoras y señores. Les doy la bienvenida a esta nueva emisión del Cuarteto Filosófico. La pregunta que hoy quiero formularles es: ¿Qué es la izquierda? ¿Qué significa ser de izquierdas o qué se defiende cuando se es de izquierdas? Marx y Engels dijeron: “Un fantasma recorre Europa”. ¿Qué fantasma recorre hoy el mundo? ¿Qué sigue siendo real y qué no lo es? Para ayudarnos con estas preguntas, nuestros invitados de hoy, cuyas respuestas serán seguro objetivas y precisas. Saludo a Heribert Prantl a mi lado, jurista y periodista y editor de la sección de política del *Suddeutsche Zeitung* y al historiador de la Freie Universität Berlin, Paul Nolte.

Peter Sloterdijk daba entrada así cada dos meses al programa que conducía junto al también filósofo Rüdiger Safranski en el canal de cultura de la ZDF, la televisión pública alemana. Primero, el planteamiento de un tema filosófico. Después, la presentación de los invitados. Nada de artificios, ni grandes platós, ni efectos especiales. Una conversación a cuatro bandas, una clásica tertulia de café. El formato, basado en otro exitoso programa, *El cuarteto literario* estaba conducido por dos de los filósofos y pensadores más renombrados y polémicos de la actualidad. Peter Sloterdijk era un tipo imponente: alto y fornido, con una larga melena y unos ojos azules que lo hacían parecer un viejo guerrero sajón. Ya en su vejez, se había granjeado una reputación como *enfant terrible* en un país que siempre se había considerado como *Land Der Dichter und Denker*, tierra de poetas y pensadores. Saltó a la fama cuando, durante unas ponencias de filosofía, se atrevió a proclamar con todo descaro que el humanismo a través de la cultura había fracasado y que ahora en adelante habría que considerar la ingeniería genética para dar a luz a humanos mejores. Un tema polémico que en Alemania apestaba a nazismo y que daría para una auténtica batalla epistolar entre Jürgen Habermas y Sloterdijk que sería seguida con interés nacional. La filosofía, se hizo el milagro, por fin parecía interesar a la gente. Safranski, por su lado, era el compañero ideal: un provocador y un incendiario que aprovechaba las tertulias televisadas para poner a prueba la paciencia de sus contrincantes verbales; un tipo que presumía del galardón a Fumador de Pipa del Año y de haber huido de los soviéticos desde Königsberg hasta Schwarzbald -de una punta a otra de Alemania- a bordo

de la barriga de su madre. Una vez más, la discusión estaba servida:

-Les pediré una respuesta corta al principio, si les parece. Peter ha hablado de un fantasma, del famoso fantasma que mencionó Karl Marx, del comunismo...¿Hoy en día veis aún algún espíritu? - planteó Safranski.

El historiador neoliberal, Paul Nolte, tomó la palabra:

-Bueno, sobre fantasmas privados no puedo dar referencias – dijo entre risas – pero Marx hablaba de que un fantasma iba a recorrer Europa y ahora en cambio podemos hablar de que ese fantasma ya no es cosa del futuro sino del pasado.

Sloterdijk se dirigió ahora a Heribert Prantl, reputado periodista de centro-izquierda:

-Herr Prantl, le hago la misma pregunta, pues es bien sabido que los periodistas tienen una gran facilidad para detectar espíritus.

-Hay que tenerle miedo a los fantasmas, pero no sé por qué la izquierda, por ejemplo, debería ser un fantasma. Si hablamos de Lafontaine, no creo que haya que tenerle miedo, hay cosas más importantes a las que temer: cuestiones sobre política interna, sobre cómo se están violando los derechos humanos....

-Empecemos ahora con la primera reflexión – dijo Safranski con ojos maliciosos.- Indudablemente debemos hablar de Die Linke si tratamos este tema pero no me gustaría hacer un debate político sino ampliar un poco más el horizonte. Creo que estamos viviendo en un momento en el que es difícil decir qué es de izquierdas y qué no, porque estamos en el epicentro de un proyecto socialdemócrata. Sólo tenemos variaciones dentro de ese espectro. La prueba está en que vivimos en una economía social de mercado que...

-¡No! - gritó de repente Prantl.-Eso no es cierto. Ya no queda nada de eso. Cuando como periodista hecho la vista atrás y recuerdo todo lo que he presenciado...el fin de la socialdemocracia, el crecimiento de la economía de mercado, el auge de los anarcoliberales...Los liberales y la élite económica han revertido la situación. Lo que aquí estáis planteando es verdaderamente peligroso. Si hay algún fantasma peligroso, ese es el neoliberalismo.

-Cuando haya que hablar sobre el neoliberalismo nos reunimos aquí otro día – replicó Nolte.

Entonces Prantl arremetió de nuevo, esta vez señalando a Safranski:

-¡Lo que estoy diciendo es que ya no vivimos un momento socialdemócrata!

Nolte prosiguió:

-En cualquier caso, tú mismo acabas de ejemplificar que aún existe un fantasma de la izquierda cuando has empezado a hablar de que el mundo está cada vez peor, que hay un desmantelamiento de derechos fundamentales, que los burgueses han vuelto...No creo que estemos en un momento ni socialdemócrata ni conservador, simplemente buscamos nuevas respuestas a los problemas surgidos. ¿Qué es la izquierda cuando hay que tratar cuestiones como el cambio climático o la inclusión de los derechos de los niños en el Código Penal? Todos reaccionamos igual ante esas cuestiones, ya no nos diferencian. Antes todo eso formaba parte del proyecto de emancipación de la izquierda. ¡Acabar con la esclavitud! ¡Darle más derechos a las mujeres! Pero hoy ya no hay más....

-Entonces – contestó Prantl – definamos qué es ser de izquierdas de un modo muy simple: ser de izquierdas significa no cederle hoy la cuestión de la igualdad al mercado. Pero si lo defino así, entonces mucha gente es de izquierdas: el Papa es de izquierdas, la Conferencia Episcopal alemana es de izquierdas, yo también lo soy...También has hablado de derechos

fundamentales. Si yo defiende eso, ¿soy de izquierdas o de derechas? - preguntó con ironía.

-¡Eres liberal, claro! - replicó provocador Nolte. [...] La cuestión fundamental es que, por primera vez, ya no es la izquierda la que tira del mundo, pues se ha demostrado incapaz de adaptarse a sus cambios. Afortunadamente ahora es el mundo el que empuja en una dirección y la izquierda la que sigue empeñada en ir en la dirección opuesta. Sólo hay que ver la aparición de Die Linke...

-No creo que la izquierda vaya en contra de los cambios actuales sino contra la disminución de los factores que ha defendido siempre. La aparición de Die Linke no es más que la penúltima aparición de una cuestión: el partido socialdemócrata siempre ha tenido dos almas distintas que han acabado sintiéndose cómodas en el mismo cuerpo. No veo el drama por ninguna parte- concluyó Prantl.

CAPÍTULO 9: Las Idus de Mannheim



15 de noviembre de 1995. Como era de esperar, Rudolf Scharping había perdido las elecciones y bajado masivamente en número de votos. Falto de carisma y de un programa convincente, el socialdemócrata simplemente no había sido capaz de conectar con la gente. Con ese resultado electoral como telón de fondo, aquella semana se celebró el congreso del SPD en la ciudad de Mannheim. El desánimo reinaba entre los delegados. Andrea Nahles, actual ministra de Empleo, era aún entonces la joven líder de las juventudes socialdemócratas, conocidos como los *Jusos*. El discurso de Scharping, que aún detentaba la jefatura del partido, apenas conseguía levantar tímidos aplausos y una tibia acogida. El SPD parecía no levantar cabeza. “Por los discursos me ha quedado claro que tenemos que hacer mejor las cosas. ¿Pero cómo? ¿Y en qué aspectos?”, decía una afligida Nahles ante la cámara. La joven promesa del SPD había abandonado la sala antes de tiempo, enfurecida por la falta de respuestas. Entonces llegó su turno para hablar ante los delegados. Subió al estrado y arremetió duramente contra Scharping, que miraba cabizbajo los reproches de Nahles ante la ausencia de un programa esperanzador. Pero más allá, otro de los presentes esbozaba una sonrisa maquiavélica: de nuevo, Lafontaine había atisbado una oportunidad. Los delegados aplaudieron efusivamente por primera vez.

-Creo que Andrea Nahles ha hecho una gran contribución. Su intervención ha aportado verdadera frescura al congreso”, diría Lafontaine más tarde en una rueda de prensa.

Fue entonces cuando decidió subir al estrado y presentar una moción central sobre el programa del partido:

-¡Queridos amigos y amigas, me gustaría llegar a la conclusión de que aún hay proyectos políticos que nos puedan entusiasmar. Sólo cuando nosotros mismos nos entusiasmemos por ellos, otros también lo harán! ¡Buena suerte!

La llama prendió al instante entre los más de 500 delegados, necesitados de un discurso

verdaderamente optimista y esperanzador. Todos se levantaron a la vez, aplaudiendo y vitoreando al candidato.

Al día siguiente, Scharping volvió a dirigirse ante el público:

-Estamos en una situación en la que algo tiene que aclararse. El SPD no puede continuar con esta inseguridad y desgaste.

Y a continuación, el desafío:

-Anuncio que voy a presentar mi candidatura para volver a ser presidente del partido. Y Oskar me ha comentado que él también presentará la suya.

Los delegados volvieron a romper en aplausos. El espectáculo estaba servido y la cara de Oskar era una mezcla de incredulidad, estupefacción y alegría: de nuevo, volvía al ruedo. Scharping no tenía nada que hacer contra un despliegue retórico que había tocado la fibra de los delegados allí donde les debía tocar. Les había ofrecido un viraje a la izquierda y, lo que era mejor aún, había sido convincente en su ofrecimiento. El resultado no daría lugar a dudas: un 62,8% de votos, frente al 37,2% de Scharping. El optimismo había vuelto al partido.

Por primera vez en la historia del SPD, el presidente había perdido el cargo en ejercicio. Scharping era un hombre abatido, pero tuvo fuerzas para contribuir a un último servicio:

-¡Oskar! Algunas cosas han hecho un daño amargo, pero ahora debemos de tener la fuerza para dejar entre todos los dolores del pasado. Tenemos una tarea que es más importante que nosotros mismos.

Mientras Lafontaine recibía un ramo de flores como símbolo de su victoria, algunos delegados se acercaban a la silla de Scharping para ofrecerle cariño: era la viva imagen del desconsuelo. Sin embargo, había alguien para quien tampoco había pasado desapercibido el resultado. Su nombre era Gerhard Schröder, el tercero en discordia. Durante los meses anteriores, el mediático y díscolo Ministro Presidente de Baja Sajonia se había dedicado a torpedear a Scharping como presidente del partido en sus declaraciones públicas. “¿Por qué tengo que aguantar todo esto?”, había lamentado Scharping en su discurso inicial, en referencia al juego sucio que habían librado algunos miembros de su partido.

Schröder, como Lafontaine, también estaba esperando su momento para hacerse con el poder. Una década antes, en una noche de borrachera tras tomarse unas cervezas, el sajón se había encaramado a la verja de la Cancillería en Bonn:

-¡Quiero estar ahí dentro! - había gritado, mientras la zarandeaba.

Aquél 17 de noviembre, tras aquellas jornadas del congreso que habían constituido sus *Idus de Marzo* particulares, las dos promesas del SPD se dieron cuenta, sin embargo, de algo esencial: si querían acceder al poder no podrían hacerlo solos: el izquierdista Lafontaine tenía el poder del partido pero ya había sido candidato a canciller y había perdido. Aún así, seguía siendo una de las figuras políticas más prominentes y carismáticas de Alemania. Schröder, por otra parte, era un tipo mucho más flexible en sus creencias y se dejaba querer por los empresarios. Lafontaine descubrió que sólo había una manera de atraer a los votantes de centro; Schröder también supo la respuesta sobre cómo mantener controlado al partido y contentar a la izquierda. La respuesta, para uno y para otro, era la misma: permanecer unidos.

CAPÍTULO 10: El dedo de Varoufakis



16 de marzo de 2015. Un dedo llegó a conmocionar a Alemania entera durante unos días. El ministro de Finanzas griego, Yannis Varoufakis, era el invitado especial del programa de televisión de Günther Jauch en la cadena ARD. Los tertulianos, entre los que se encontraba un furibundo crítico del gobierno griego y un ministro conservador de Baviera, amén del propio presentador, aguardaban sedientos su turno como un auténtico jurado popular. Varoufakis, la bestia negra para muchos alemanes se encontraba al otro lado de la pantalla que aparecía en plató y contestaba las preguntas del presentador y de los invitados a distancia. Entonces llegó el momento del vídeo de la desdicha: “Mi propuesta sería que Grecia hubiera suspendido pagos en 2010, que levantara el dedo y dijera a Alemania: 'ahora puedes resolver el problema sola’”. La frase, pronunciada en una de las múltiples conferencias que Varoufakis había realizado como economista, era lo de menos. Pero el dedo corazón que la acompañaba desató un auténtico polvorín.

-Sacarle el dedo a Alemania...Entonces, ¿los alemanes deben pagar la deuda griega pero a la vez deben aguantar este tipo de críticas? ¿Cómo se puede sostener algo así? - preguntó Jauch insidioso.

Varoufakis, al otro lado, no daba crédito:

-Bueno, si me permiten decir algo, nunca había visto ese vídeo antes. El vídeo es falso y alguien lo ha montado porque yo nunca he hecho eso y me avergüenza que alguien intente atribuirme algo así. Estoy seguro de que no has tenido nada que ver pero el vídeo ha sido manipulado. Yo nunca he enseñado ese dedo.

Desde el plató, Jauch replicó:

-Según nuestras informaciones, eso ocurrió en una conferencia en Zagreb en el año 2013.

-No, no ocurrió – contestó Varoufakis.- El vídeo sí es de esa conferencia, pero este vídeo en concreto ha sido manipulado. Se lo digo sin ninguna duda. Además, sólo hace falta que lean un artículo en el que escribí por aquél entonces y en el que abogaba por una Alemania

hegemónica en Europa. ¿Encaja eso con lo que ustedes acaban de ver?

-No, con seguridad no - continuó dubitativo Jauch.- pero...

-Discúlpeme, pero lo que sí sabemos es lo que el gobierno griego y su ministro de Finanzas nos han estado diciendo hasta ahora.

En esta ocasión era el turno de Ernst Elitz, un veterano del mundo de la comunicación que había sido el primer director artístico de la radio alemana y que ahora escribía una columna en el diario *BILD* titulada *Ya basta, griegos*. Elitz continuó:

-Podría imaginarme que el vídeo que acabamos de ver haya sido manipulado con tal de insultarle a usted, sin embargo, lo que no es una manipulación son todos los insultos y acusaciones que usted y su gobierno ha estado lanzando en contra del ministro Schäuble y contra Alemania.

La anterior escena se había vuelto paradigmática de la espiral de agotamiento y desconfianza que ya hacía tiempo había alcanzado las relaciones entre Grecia y Alemania. El dedo de Varoufakis se había convertido, para gran parte de la sociedad alemana, en la penúltima de una serie de afrentas nacionales por parte de los recién llegados al gobierno griego. La prueba del interés que suscitaba el personaje Varoufakis fueron los cinco millones de espectadores que siguieron la entrevista, cifra que muchos políticos alemanes hubieran querido para sí. Las reacciones, tras la negación de Varoufakis, no se hicieron esperar. “Es inaceptable que un miembro del Gobierno mienta así a los espectadores alemanes”, señaló el líder parlamentario de la CDU, Volker Kauder. El mismo que en 2011, durante un congreso de su partido en Leipzig, había presumido orgullosamente de que, por fin, “Europa habla alemán”.

Los incendiarios de siempre de la prensa alemana tampoco se hicieron esperar. “*El mentiroso*”, titulaba el *BILD* con su enorme y llamativa tipografía. La frase iba enmarcada por una mano con el dedo corazón en alto. “¡Vended vuestras islas, griegos arruinados!”, “*Griegos, perezosos*”, “*Alemania dice gracias, Sr. Schäuble*” había titulado en otras ocasiones el mismo rotativo alemán, con la misma chabacanería periodística con la que irrumpía cada día en millones de hogares. Conocida había sido también otra campaña en la que el diario instaba a decir “¡No!” a Grecia y en la que promocionaba en su página web las fotos de alemanes que aparecían con esa portada. “*La valentía de los siervos del odio del sur de Europa*”, sentenciaría el diario conservador, Die Welt, en su edición digital; “frescos y desvergonzados”, dispararía otro de los columnistas del diario. Ni siquiera DER SPIEGEL parecía ser ajeno a aquella especie de obsesión nacional: en una de sus portadas llegaba incluso a anunciar las razones por las que Grecia debería abandonar la Unión Europea de una vez por todas.

La llegada de Varoufakis no había sino empeorado las cosas. El nuevo héroe griego era demasiado heterodoxo para la rigurosidad teutona: antiguo asesor de la compañía de videojuegos Valve y economista mediático y carismático, Varoufakis aparecía en las reuniones del Eurogrupo sin corbata y hablaba un lenguaje claro y provocador. Durante una de las primeras reuniones conjuntas ante la prensa junto al líder del Eurogrupo, el holandés Jeroen Dijsselbloem, Varoufakis había lanzado el primer dardo: “Grecia no reconoce a la Troika”. Famosa es ya la escena posterior, cuando tras levantarse para darse la mano, el holandés le soltó:

-Acabas de matar a la Troika.

-Uau – contestó el griego.

Para la mayoría de alemanes y para Schäuble, aquello era más de lo que podían soportar. El estruendo y los aires de estrella de Varoufakis no gustaban a Schäuble, que veía en el griego como un palo a las ruedas de una situación que parecía haberse reconducido con el anterior gobierno de derechas de Samaras. “No sería bueno para Europa que los alemanes fueran demasiado generosos con Grecia”, recordaría más tarde, desdeñando también la posibilidad de que Alemania se hiciera cargo de las reparaciones de guerra de la Segunda Guerra Mundial. “Somos difíciles de chantajear”, fue la sentencia.

Las negociaciones entre Alemania y Grecia continúan aún hoy, pero el enigma nacional sobre el dedo del griego no tardarían en resolverse.

-Querido Günther Jauch, querida ARD, querido departamento del diario Bild. Por favor, respirad fuerte y tomad asiento, porque vais a tener que ser muy fuertes. - advirtió durante le inicio de su programa para la ZDF, el humorista Jan Böhmmerman.

Lo que siguió fue una reconstrucción de casi diez minutos en la que se mostraba el proceso de edición y montaje por parte del programa de humor, Neo Royale Magazine, para modificar el gesto de Varoufakis. Más tarde el griego colgaría su particular respuesta a través de twitter:

-¿Alguna disculpa prevista, Günther Jauch, por usar un vídeo manipulado con el fin de silenciar una voz griega conciliadora?

Lo que no sabía Varoufakis es que, más tarde, la cuenta de twitter de aquél programa publicaría un tweet en el que decía: “*Cuidado, el programa es una sátira*”. De nuevo, la sombra y la incertidumbre se cernían sobre la cuestión y todavía hoy no hay una respuesta clara sobre si Varoufakis enseñó el dedo corazón. Pero una vez más, aquella otra frase parecía planear en el aire: “Cuando el sabio señala a la luna, el necio mira el dedo”.

CAPÍTULO 11: Bicefalia - I



28 de julio de 1997. El invicto Helmut Kohl estaba en apuros. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, el SPD volvía a levantar cabeza con Oskar Lafontaine al frente. El Napoleón del Sarre había regresado con más fuerza que nunca y había utilizado la mayoría socialdemócrata en el Bundesrat para bloquear la reforma fiscal que intentaba sacar adelante la CDU. Era un primer aviso, un toque de corneta: llega el relevo.

-¡Y ahora pensad un momento en vuestros hijos! ¡Llevan casi 20 años teniendo que soportar a Helmut Kohl como canciller, han crecido con él, no han visto otra cosa en todo este tiempo! -vociferó el socialdemócrata en un mítin en Baviera.

Pero Lafontaine no estaba sólo; Gerhard Schröder se había convertido en la segunda gran personalidad política del partido. Tenía la complicidad de los medios de comunicación, se llevaba bien con las grandes corporaciones y las encuestas le situaban como uno de los candidatos con más posibilidades para optar a la cancillería. Lafontaine compendió rápidamente la situación: Schröder lo tenía todo para ser el candidato ideal, pero él llevaba las riendas ideológicas del partido y manejaba el poder interno. Fue entonces cuando se formuló la estrategia ideal: la bicefalia.

Durante los largos meses de campaña, los dos socialdemócratas aparecían juntos en los carteles electorales, paseaban juntos por los bosques del Sarre junto con sus respectivas esposas y bromeaban en público sobre su morbosa y mediática relación.

-Somos inseparables. Mellizos – dijo Lafontaine en una rueda de prensa señalando a Schröder, sentado a su lado.

Y entonces los periodistas presentes se desternillaban mientras Schröder se hacía el ingenuo y Lafontaine el ofendido.

“Realmente Oskar no creía que Schröder fuera el candidato ideal. Oskar creía que el auténtico canciller debía haber sido él, pues siempre se consideraba el mejor”, explicaría Franz Müntefering, uno de los líderes del SPD. En ocasiones, no era difícil apreciar una cara de suspicacia mientras el otro hablaba en público. Eran pequeños destellos en los que se desvanecía la farsa y se caía la máscara. Eran esos instantes en los que parecía regresar el eco

de la frase pronunciada por el diputado Vergniaud sobre uno de los jacobinos más furibundos en la Convención Nacional: -Dadle un vaso de sangre a Couthon, tiene sed.

Domingo 1 de Marzo de 1998. Lafontaine llamó a Schröder para felicitarle por los resultados en las elecciones de Baja Sajonia. “Hola candidato”, fueron sus palabras, pese a que aún no había finalizado el recuento del 100% de los votos. La mayoría absoluta en el Land era la carta de presentación definitiva para poder optar a la cancillería. Schröder ya no acariciaba simplemente la victoria: era suya. En la cancillería de Schröder corría el champán. Todo eran sonrisas y saltos de alegría. Ente la gente que lo acompañaba se encontraba su mujer, la periodista Gattin Doris, su secretaria o su jefe de gabinete. En el sofá, Bodo Hombach atendía el teléfono. Hombach era uno de los asesores más estrechos de Schröder, un hombre asociado al ala más liberal del partido y que había formado parte de grandes corporaciones de minería y energía. Suyo había sido parte del éxito de la campaña, centrada en un proyecto modernizador para Alemania. Un nombre, que en cualquier caso, no iba a pasar desapercibido. Esa misma madrugada, en su chalé ajardinado del Sarre, Lafontaine apareció con una bandeja de chupitos para calentar a los periodistas que aguardaban afuera.

-Tengo chupitos para todos y... ¡Eh, a ti no te doy!

Focos y risas. El frío arreciaba y Lafontaine intentaba esbozar algo más que una sonrisa congelada por el éxito de Schröder.

-¡Ya ven, el líder del partido está contento! - soltó con su tradicional mueca picaresca. Pero no, no lo estaba.

7 de abril de 1998. Gerhard Schröder cumplía 54 años y Tony Blair, primer ministro británico, le había invitado a celebrarlo en su residencia de Downing Street. Un viaje comprometido, y a la vez simbólico: Blair era el artífice del Nuevo Laborismo, una nueva forma de socialdemocracia británica que pretendía separarse de los viejos dogmas de la izquierda y abrazar sin tapujos las dinámicas del mercado.

En cualquier caso, una señal mutua de complicidad, pues Schröder ya empezaba a perfilar, con la ayuda de Hombach, los grandes rasgos de su nueva política. Mientras tanto, Lafontaine declararía cuatro días más tarde a *DER SPIEGEL*: “Schröder y yo trabajamos juntos de una manera muy estrecha. Condenamos cualquier intento que pretenda dividirnos porque nosotros sabemos que sólo si trabajamos juntos podemos ganar. Eso sirve también para el SPD”.

Diez días más tarde, los halagos continuarían:

-Oskar Lafontaine, gracias por tu disciplina, por tu sentido común, por tu desinterés y por tu altruismo – dijo Schröder.

Se encontraban en el congreso del partido celebrado en Leipzig, ante más de 500 delegados. Lafontaine, taimado, contestó:

-Gracias a ti por tu amistad.

Pero no la había. Era una magistral interpretación, un espejismo, un cambalache, un trueque de puñaladas envueltas en guante de seda. Cada uno jugaba sus cartas y el castillo de naipes no hacía más que ascender. La pregunta era obvia: ¿hasta cuándo?

La campaña transcurría con normalidad. Franz Müntefering, el director ejecutivo del partido, intentaba mantener la equidistancia, a veces con difícil equilibrio, entre Schröder y Lafontaine. Los dos recibían los esbozos sobre spots, carteles o eslóganes. Pero Schröder no estaba de acuerdo. Consideraba que la campaña era un feudo de Lafontaine, organizada como estaba por gente del partido. Al fin y al cabo, Oskar era el jefe de la estructura y él sólo era – de momento – el candidato a canciller. En un ocasión, durante la presentación del programa electoral ante los votantes, descubrió que uno de los puntos incluidos no se le había consultado: era el referente a la corrección de la igualdad salarial y la protección al desempleado. “La gente de Oskar hace trucos y me engañan todo el tiempo”, aseguraría en otra ocasión.

5 de agosto de 1998. “Cariño, hay algunos que te quieren felicitar”, dijo Schröder aguantando el teléfono móvil. Más de una veintena de periodistas entonaron entonces el cumpleaños feliz mientras el candidato a canciller ejercía de improvisado director de orquesta. “¿Habéis cantado todos?”, preguntó con sorna. Para el animal Schröder, los focos y las cámaras eran su hábitat natural.

Al día siguiente, en declaraciones al diario *Die Zeit*, Schröder diría: *“Tengo en alta consideración las contradicciones que puedan tener los hombres que me son leales. Lafontaine y yo sabemos lo que hay que hacer para obtener el éxito conjunto. Si uno de los dos quisiera dominar al otro, el trabajo común se hundiría y nos perjudicaríamos mutuamente”*. Parecía un aviso a navegantes. Y lo era.

19 de agosto de 1998. Jost Stollman era el candidato inicial de Schröder como ministro de Economía. Pero aquella mañana veraniega en el Hotel Maritim de Berlín, algo se torció. Stollman, un empresario informático, parecía ser capaz de aburrir hasta las piedras. Hablaba con grandilocuencia y hacía pausas interminables entre conceptos que rozaban el lenguaje esotérico. En la rueda de prensa, ni siquiera había sido capaz de explicar la reforma fiscal por la que iba a optar una vez en el gobierno. La gente de Schröder se dio cuenta en poco tiempo que aquel hombre jamás podría ser nada. Mientras tanto, Lafontaine observaba divertido la nueva situación. Una semana más tarde acudía a la sede del partido en Berlín, la Willy-Brandt-Haus.

-Gerd, ¿no tienes ningún trabajo para mi?

Schröder lo miró entre incomodado y sorprendido mientras Lafontaine bajaba la cabeza con falsa ingenuidad. Se hizo el silencio entre los presentes. Entonces, cuando parecía que la tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo, los dos empezaron a desternillarse. Una vez más la misma pregunta volvía a flotar en el ambiente: ¿es un juego de máscaras o realmente han acabado por hacerse amigos?

Domingo 27 de septiembre. Los resultados dieron a Gerhard Schröder como vencedor. El champán volvía a circular, pero en esta ocasión para celebrar el cumpleaños de Walter Riester, futuro ministro de Trabajo. Antes de reunirse con la gente, que esperaba celebrar la victoria con el candidato, Schröder se acercó a Lafontaine y le dijo:

-Me he decidido. Bodo Hombach estará conmigo en la cancillería.

Lafontaine se quedó blanco. Hombach era uno de los nombres que quería evitar a toda costa, pues formaba parte del círculo liberal de Schröder. No era el único de los que quería deshacerse. Rudolf Scharping, que tras su destronamiento como presidente del SPD se había reciclado como jefe de la fracción del SPD en el parlamento, debía ser substituido por Müntefering. Pero no hubo tiempo para digerir nada. Schröder había ganado.

CAPÍTULO 12: Bajo vigilancia II

5 de mayo de 2014. Alemania vivía un experimento sin precedentes: por primera vez en la historia de Alemania reunificada, Die Linke conseguía colocar a uno de los suyos como Ministro Presidente de un Bundesland. Las suspicacias eran muchas: el clima mediático y político no cesaban en sus intentonas de asociar a los izquierdistas con la desaparecida RDA. Sin embargo, en Thüringen, se hizo el milagro incluso entre los más agnósticos: Bodo Ramelow era investido Ministro Presidente en un experimento sin precedentes, aunque mediante una coalición en la que también estaban los socialdemócratas y los Verdes. *Rot-Rot-Grüne* (Rojo-Rojo-Verde) llamaban a aquella combinación de colores insólita que había logrado arrebatarse el gobierno a la CDU. La coalición con los otros gobiernos obligaría a Ramelow, antiguo líder de un sindicato, a moderar sus políticas. “Soy un socialista criado en un ambiente cristiano”, calmaba Ramelow a los medios mientras paseaba a su perro por uno de los parques de Erfurt, la capital del Land.

Pero para el gobierno y algunas instituciones, aquello no era argumento suficiente. Cuando ni siquiera había llegado aún a presidir el Land, la justicia sajona le abrió un proceso judicial. Los motivos: organizar una contra-manifestación en 2010 en Dresden para frenar una marcha de extrema-derecha organizada por la Jóven Hermandad del Este de Prusia (*Jungen Landmannschaft OstPreussen*) bajo el argumento de que podría haber violado artículos del derecho de manifestación. El parlamento de Thüringen le levantó entonces la inmunidad como parlamentario y lo arrojó a las fauces del tribunal. La condena no tardaría en llegar: un pago simbólico de 170€ diarios durante 20 días que Bodo recurriría ante la fiscalía. Finalmente, se llegó a un acuerdo y el proceso finalizó sin ninguna condena considerando los hechos una nimiedad. Sin embargo, justo dos días antes de las elecciones que tendrían lugar en 2014, el proceso volvió a abrirse. El propio Ramelow, que aseguró sentirse víctima de una caza de brujas y de una intimidación a la sociedad civil, aceptaría levantarse a sí mismo la inmunidad. En el *Süddeutsche Zeitung*, el reputado periodista Heribert Prantl, experto en asuntos jurídicos, criticaba duramente: “Una justicia que se sitúa a sí misma como enemiga de la sociedad civil no ha entendido para qué sirve la ley”.

Los tentáculos del establishment alemán, sin embargo, eran largos y profundos y hacía tiempo que habían entrado en escena. En 2003 se dio a conocer que Ramelow, entonces en el PDS – el partido heredero del SED fundado por Gregor Gysi que con el tiempo se convertiría en Die Linke- estaba siendo vigilado por la Oficina de Protección de la Constitución (*Bundesamt für Verfassungsschutz*), uno de los servicios secretos del gobierno para asuntos internos. El escándalo era mayúsculo, pues Ramelow era un simple diputado y la *BfV* sólo era conocida por el gran público por vigilar a grupos neonazis y de extrema-derecha.

Tras otro largo proceso judicial en el que una primera absolución sería revocada por un tribunal superior que argumentaba “la razonable suspicacia sobre actividades constitucionales”, finalmente la intervención del Tribunal Constitucional federal fallaría en favor de Ramelow y reconocería que la vigilancia había sido ilegal al carecer de fundamento. “Durante 30 años he sido espiado y olfateado, durante 10 años lo he estado condenando y ahora, finalmente, he obtenido la victoria”, celebró Ramelow en las cuentas sociales. Gregor Gysi, por su parte, declaró que se trataba de “un día importante en nuestra historia. Se ha dado un gran paso en la condición de igualdad que merece nuestro partido con respecto a los demás”.

Gysi, no obstante, no tenía mucho que celebrar. El diario *DER SPIEGEL* desveló que hasta 25 miembros del partido estaban siendo vigilados también por los servicios secretos. La vigilancia había contado incluso con la prolongación del permiso por parte del entonces ministro de Interior, Wolfgang Schäuble. La explicación que se daba es que había elementos de Die Linke que resultaban lo suficientemente radicales como para ser vigilados. Al fin y al cabo, argumentaban, el partido había nacido en 2007 no sólo como una fusión del PDS y el WASG, ambos críticos con el consenso neoliberal en la agenda política alemana, sino también como plataforma para todo un conjunto de corrientes y plataformas en su seno, como la Kommunistische Plattform, que resultaban peligrosas. “Tengo dudas sobre si Die Linke está realmente comprometida con la democracia”, declaró con dureza el ministro del Interior del Land de Baden-Württemberg, en un patrón que recordaba a las críticas que sufrirían más tarde los llamados partidos izquierdistas de otros países europeos.

Y aquello no era todo: aún había otro motivo por el que dar un golpe en la mesa, en este caso de forma literal. Eso es lo que hizo Ramelow en el programa *Studio Friedmann* del canal N24 cuando el moderador hizo alusión a otra de las sombras que planeaban sobre el partido: la acusación de que el líder, Gregor Gysi, quien fuera abogado de disidentes durante la RDA, había ejercido además como colaborador de la Stasi. “¡No tienes ni idea sobre la RDA! ¡Era tu Franz Josef Strauss el que se dedicaba a viajar por allí una y otra vez!”, le gritó enfurecido. En otro canal, la ARD, un documental titulado *El acta Gysi*, desvelaría unos documentos que asegurarían probar la presunta colaboración de Gysi con la Stasi. El patrón se repetiría siempre: acusaciones, pleitos judiciales, sobreesquemas...pero siempre la sombra de la duda aireada desde los medios de comunicación.

CAPÍTULO 13: Bicefalia II



28 de septiembre de 1998. “Ten cuidado. No interfieras en mis asuntos y yo no interferiré en los tuyos”. Esa parecía ser la regla no escrita que flotaba en el ambiente en aquella primera reunión tras las elecciones. En el horizonte: las negociaciones con Los Verdes, con quienes había que empezar las negociaciones que permitieran a Schröder formar una coalición y un gobierno estable. Lafontaine se haría cargo aquellos primeros días. Schröder, que se había pasado aquellos primeros días enfermo, viajaba en avión con un reportero cuando éste le dijo, no sin cierto humor negro: “Imagínese que nos pasa algo mientras volamos”, a lo que Schröder respondió :”En ese caso volvería una vez más la discusión sobre los candidatos”.

30 de septiembre de 1998. Schröder llegó a París en su primer viaje al extranjero. Para los cancilleres, la visita a las orillas del Sena había sido siempre una de las visitas imprescindibles tras salir elegidos, y esta vez no iba a ser diferente. Pero el viaje era algo más: Francia había sido siempre territorio Lafontaine. El del Sarre hablaba francés fluido y siempre había cultivado sus relaciones con los dirigentes socialistas franceses, así que aquél viaje representó una oportunidad de inmiscuirse en los asuntos de Lafontaine, tal y cómo él consideraba que él estaba haciendo en las negociaciones para formar gobierno. “En casa aún me cuesta darme cuenta de que el canciller soy yo”, comentó una vez llegado a París. Schröder llegaría de aquel viaje con el ánimo renovado: la exposición pública que obtuvo allí y el reconocimiento de los mandatarios – en el caso de Chirac, éste se había materializado en una botella de cognac de 100 años de antigüedad – le habían sentado bien. Ahora Schröder exigía prisa en las negociaciones con los Verdes; había ganado las elecciones y quería ser canciller de una vez.

3 de octubre de 1998. Crecían por momentos las especulaciones sobre el futuro de Rudolf Scharping en el Bundestag, y de Jost Stollman en el gabinete. Su futuro dependía, en parte, de la actitud que adoptara Lafontaine. “Scharping no ha hecho nada malo, Oskar. ¿Qué vamos a alegar como motivo? ¿Que al presidente del SPD no le gusta? “, le preguntó uno de los líderes del ala izquierda. Pero mientras Lafontaine intentaba ganarle terreno al canciller, en el entorno de Schröder también habían empezado a utilizar la maquinaria.

Al enterarse de que Schröder estaba ahora barajando un candidato distinto a la presidencia de la república federal, a diferencia del candidato de Lafontaine, Johannes Rau, el maquiavélico presidente del SPD entró en cólera. No iba a ser la única sorpresa de aquellos días.

5 de octubre 1998. *DER SPIEGEL* había publicado uno de los primeros capítulos del nuevo libro de Bodo Hombach, el principal consejero de Schröder. Con el nombre de *Punto de partida – La política del Nuevo Medio*, la publicación de aquél ensayo que abogaba por la Tercera Vía de Tony Blair en el semanario más importante de Alemania había sido un misil que había golpeado con fuerza en la línea de flotación de Lafontaine. Estaba claro que sus enemigos en la disputa ideológica por el partido no iban a quedarse de brazos cruzados. “Están pensando en una política completamente diferente a la nuestra”, le dijo a Lafontaine su jefe de economía, quien también había leído el artículo. La estrategia de Lafontaine ahora iba a ser distinta: mimetizarse en el ambiente, esconderse bajo el agua, y devolver el misil. “Vosotros haced como si nada. No habléis mal de él”, les aconsejó a Claus Noé y Flassbeck, sus consejeros de confianza. Aquella misma semana Lafontaine se cruzó con Scharping en el Bundestag y le preguntó:

-¿Qué quieres ser? ¿Ya te has decidido?

8 de octubre de 1998. Los Verdes de Joschka Fischer se daban cuenta de que no estaban negociando con uno sino con dos partidos: los defensores del Nuevo Medio defendido por Schröder, y el ala izquierda de Lafontaine. La descoordinación era total, pero de nuevo, la prensa acudió para despejar el campo de batallar y desvelar a quién habían alcanzado las balas tras la polvareda: en el *BILD*, Schröder había declarado que no tiraría adelante la tasa de 6 céntimos que debería haber grabado los hidrocarburos. Aquello volvió a ser un duro golpe para Lafontaine, pues los Verdes estaban más ocupados preocupándose por intentar rebajarle impuestos a las empresas. Un día más tarde, Schröder viajó a EE.UU acompañado de su futuro ministro de Exteriores y antiguo compañero de juergas, Joschka Fischer. Clinton quería obtener de ellos el compromiso de participar en la guerra de Kosovo.

Tres días después, Scharping y Lafontaine habían vuelto a reunirse.

-¿Qué tienes en contra de que siga siendo el presidente de la fracción en el parlamento? - le preguntó Scharping. Era una pregunta, pero casi pareció una súplica.

-Se van a dar una serie de conflictos muy peligrosos y yo no sé de que lado estás – le contestó Lafontaine.

La mañana siguiente, Scharping dimitiría. Durante el día anterior, el propio Lafontaine había amenazado con dimitir si Scharping no lo hacía, lo cual habría llevado muy probablemente a una fractura en el partido. Schröder había tenido que sacrificar a Scharping con tal de mantener a flote el barco hasta llegar a la formación del acuerdo de gobierno y ser instituido canciller en el nuevo Bundestag. De nuevo, Scharping era la víctima y los dos arribistas se repartían los desperfectos.

19 de octubre de 2008. Los daños causados por la guerra intestina que sacudía el SPD durante su ascenso al poder se había cobrado una nueva víctima: el candidato a ministro de Economía Stollman. El empresario informático había rechazado la propuesta de Schröder cansado del juego de posiciones que se estaba jugando a su costa. Los movimientos de Lafontaine habían llevado incluso a una fuerte discusión con Schröder que, por primera vez, se había cerrado de un modo abrupto. El mensaje de Schröder había sido claro: “Yo soy el canciller”. Los dos políticos habían llegado incluso a dejar de hablarse si no hubiera sido por la intermediación de sus respectivas mujeres. “En ambos casos, ellas siempre jugaron un papel muy importante para intentar limar asperezas o resolver puntos de discusión entre ellos”, aseguraría más tarde Burghard Schneider, un amigo de Lafontaine. “Cuando Schröder se enfadaba no quería hablar con nadie y hacía todo lo posible por evitar a aquella persona”, recordaría su antigua compañera de gabinete en Baja Sajonia, la ministra de Exteriores. Las piezas se recompusieron una vez más, pero ya nada volvería a ser igual entre ambos.

Al día siguiente, Gerhard Schröder atendía una rueda de prensa de periodistas ¿Qué opinaba el canciller sobre los rumores que decían que Lafontaine quería convertirse en una especie de “Canciller del Tesoro” en el ministerio de Economía?

-Sinceramente, tras ver lo que Helmut Kohl nos ha legado, no creo que se pueda hablar de ningún tesoro – contestó Schröder con graciosa arrogancia.- ¡Ah, y el canciller soy yo!

Cinco días después, durante el congreso del SPD en el Hotel Maritim de Bonn, Schröder ocupaba de nuevo el atril:

-Me siento afortunado y orgulloso de poder continuar la herencia de Willy Brandt y Helmut Schmidt como canciller- dijo Schröder.

Todas las miradas estaban puestas, sin embargo, en la cada vez más mediática relación entre el canciller y su superministro, al cuál la prensa ya había empezado a llamar “Canciller en la sombra”.

-Te lo digo personalmente Oskar: déjales ladrar, la caravana sigue su curso – concluyó Schröder. Era el penúltimo acto de la teatralización de la paz.

25 de noviembre de 1998. La situación empezaba a hacerse insostenible para Lafontaine. El británico *The Sun* acababa de definir a Lafontaine como “*el hombre más peligroso de Europa*”. Era el enésimo de los ataques que la prensa internacional dirigía hacia aquel hombre que durante las últimas semanas había agitado medio mundo tras abogar por la regulación del sistema financiero; algo que una década más tarde se mostraría esencial. Como superministro de Finanzas alemán, Lafontaine también había pedido aquellos días a la sacrosanta institución del Bundesbank una reducción de los intereses para facilitar el crédito. Los dirigentes de ésta, celosos de su independencia y temerosos de la inflación desde la República de Weimar, habían acusado a Lafontaine de chantaje. Lafontaine se había convertido alguien incómodo dentro y fuera de Alemania.

-¿Sabe usted que soy el hombre más peligroso de Europa? -bromeó Lafontaine tras saludar al director del FMI, Michel Camdessus.

-Tranquilo, entonces yo soy el más peligroso del sistema internacional - contestó el otro.

EPÍLOGO: “El corazón late a la izquierda”

11 de marzo de 1999.

-Tienes que venir ahora – ordenó la voz a través del móvil.

-¿Qué ocurre? - preguntó Fischer sorprendido.

-No te lo puedo decir ahora -contestó de nuevo la voz.

Era Gerhard Schröder. El irredento ministro de Finanzas y jefe del partido del SPD, Oskar Lafontaine, había anunciado su dimisión mediante fax la noche anterior. Fischer llegó a la cancillería sudoroso y con ropa de chándal; había estado haciendo footing.

-¿Ha dimitido? ¿De todo?

-Sí.-contestó Schroeder.

-¿Del liderazgo del partido?

-Sí.

-¿Y como ministro?

-Sí.

Fischer se mostró preocupado ante lo que se venía encima. Pero, pragmático como había sido siempre, intentó reaccionar con urgencia:

-Tienes que tener cuidado, hay que evitar que el SPD no vaya a fracturarse.

Aquella tarde de marzo, sin embargo, no hubieron puntos de sutura capaces de curar una herida más profunda: la que durante meses, sino años, había fracturado a *las dos almas* del SPD. Pese a que durante mucho tiempo Lafontaine había ganado la batalla por el control del partido, había perdido la guerra en los frentes más importantes: en el gabinete, donde se tomaban las decisiones, y en la prensa, donde éstas se enaltecían o se desechaban. Uno de los múltiples detonantes de su dimisión había sido precisamente la filtración al diario *BILD* de una conversación ficticia en la que se decía que Schröder había amenazado a Lafontaine con pedirle la dimisión. Poco después de que ésta fuese realidad por voluntad propia, la polémica mediática volvería a rodear al SPD. Ésta vez, Schröder había salido salpicado: un reportaje fotográfico publicado en la revista *Life and Style* mostraba al carismático canciller en un restaurante italiano; en unas fotos aparecía posando con un abrigo de cachemir; en otras, fumaba uno de sus famosos puros Cohiba y lucía relucientes zapatos. “*Los trajes italianos son los que sientan mejor*”, había dicho el canciller. Días más tarde, el periódico conservador *Die Welt* había centrado el tiro: “*Schroder tiene un problema de identidad. ¿A quién pertenece? ¿Al partido de los que ganan más? (...) ¿Y quién servirá ahora a los militantes de a pie de la socialdemocracia, que todavía llevan chaquetas de punto?*”. Durante los siguientes largos meses, Lafontaine volvió al Sarre, a su tierra natal, donde se recluyó. Pero su último portazo iba a resonar durante largo tiempo:

-El corazón aún no se vende por dinero, sino que tiene un sitio en el que está: late a la izquierda.

Anexos

Bibliografía:

Libros:

LAFONTAINE, Oskar. *Das Herz schlägt links*. Berlín, Gebundene Ausgabe, 1999.
POCH DE FELIU, Rafael. *La quinta alemania*. Barcelona, Icaria Editorial, 2011.
JUDT, Tony. *Posguerra*. Madrid, Taurus, 2006.

Artículos:

BONET, Pilar; COMAS José; SOTELLO, Ignacio; TERTSCH, Hermann; *EL PAÍS*. 1983-2000.

http://elpais.com/diario/1999/02/07/sociedad/918342004_850215.html
http://elpais.com/diario/1993/06/13/internacional/739922408_850215.html
http://elpais.com/diario/1993/10/04/internacional/749689205_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/11/17/internacional/816562803_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/11/17/internacional/816562802_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/11/18/internacional/816649205_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/11/18/internacional/816649220_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/12/03/internacional/817945211_850215.html
http://elpais.com/diario/1995/12/05/internacional/818118020_850215.html
http://elpais.com/diario/1993/01/19/internacional/727398014_850215.html
http://elpais.com/diario/1997/12/07/internacional/881449216_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/03/02/internacional/888793201_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/03/06/internacional/889138814_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/06/30/internacional/899157608_850215.html
http://elpais.com/diario/1993/01/19/internacional/727398014_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/09/24/internacional/906588008_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/09/28/internacional/906933603_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/09/29/internacional/907020001_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/10/20/internacional/908834416_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/11/03/economia/910047608_850215.html
http://elpais.com/diario/1998/12/08/agenda/913071602_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/01/04/economia/915404412_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/02/05/internacional/918169214_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/03/12/opinion/921193201_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/03/12/internacional/921193201_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/03/14/ultima/921366003_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/03/15/internacional/921452410_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/03/15/internacional/921452411_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/08/02/internacional/933544809_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/10/04/internacional/938988005_850215.html
http://elpais.com/diario/1999/10/07/agenda/939247204_850215.html
http://elpais.com/diario/2002/05/27/internacional/1022450411_850215.html

DER SPIEGEL:

<http://www.spiegel.de/politik/deutschland/maennerfeindschaft-lafontaine-schroeder-wieso-oskar-und-gerhard-einander-vergeben-sollten-a-674550.html>

<http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-40616120.html>

<http://www.spiegel.de/politik/deutschland/streit-in-der-spd-lafontaine-wirft-schroeder-wortbruch-vor-a-248842.html>

<http://www.spiegel.de/politik/deutschland/agenda-2010-oskar-lafontaine-besucht-vortrag-von-gerhard-schroeder-a-855033.html>

<http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-14873954.html>

La Vanguardia:

<http://www.lavanguardia.com/internacional/20101001/54258192649/una-alemania-desacomplejada-vanguardia-dossier.html>

Suddeutsche Zeitung:

<http://www.sueddeutsche.de/politik/angebliche-stasi-vergangenheit-justiz-eklat-um-anklage-gegen-gysi-1.2488240>

<http://www.sueddeutsche.de/politik/linksfraktion-im-bundestag-verfassungsschutz-stellt-beobachtung-von-linken-abgeordneten-ein-1.1912666>

Documentales:

Anne Will – Lafontaine und der Kommunismus:

<https://www.youtube.com/watch?v=tbHW38sXgEU>

Bodo Ramelow – Der Mann mit dem Hund:

https://www.youtube.com/watch?v=4_eYfL_FTv4

Bundestag – Phoenix Sendung: Wolf Biermann:

<https://www.youtube.com/watch?v=kUheTVZTPNI>

Das philosophisches quartett – Was ist links?

<https://www.youtube.com/watch?v=HmbgKntoxcY>

Der Spiegel – 50 Jahre:

<https://www.youtube.com/watch?v=NtlId0PVV6g>

Duelle – Gerhard Schröder gegen Lafontaine:

<https://www.youtube.com/watch?v=H-95iHtH6A>

Geliebte Gegner – Die Grünen und die Macht:

<https://www.youtube.com/watch?v=mtqCbaU8pzo>

Günther Gauss IM Gespräch mit Rudolf Augstein:
<https://www.youtube.com/watch?v=mHAWuhZXaVk>

Helmut Schmidt – Lebensfragen:
<https://www.youtube.com/watch?v=9KRJYXLSOY4>

In love with Terror -RFA:
<https://www.youtube.com/watch?v=bd3LQXOLrOw>

Joschka Fischer – Die vielleicht wichtigste Rede:
<https://www.youtube.com/watch?v=0J2gUkoMCRs>

Oskar Lafontaine Showdown mit Schröder:
<https://www.youtube.com/watch?v=lAu8rWgCGvs>

Oskar Lafontaine – Doku:
<https://www.youtube.com/watch?v=s3j-0Sr3tNI>

Wie weit links? 150 Jahre – SPD:
<https://www.youtube.com/watch?v=0IfE4iClzw>

ENTREVISTAS REALIZADAS:

Rafael Poch de Feliu, periodista: - 20 de mayo de 2015

-¿Cómo es la situación de Die Linke en el panorama político alemán?

El *establishment* alemán se caracteriza por su organización. Su cultura política es, por un lado, la particular tradición histórica de que el Estado está por delante y por encima del derecho, y, por el otro, el anticomunismo, que fue el pasaporte de homologación democrática de los ex nazis en Occidente después de la II Guerra Mundial. Eso encoje mucho el terreno de juego para cualquier fuerza que cuestione aspectos del consenso de ese *establishment*. Die Linke cuestiona dos aspectos claves: el neoliberalismo (es una fuerza genuinamente socialdemócrata que por el corrimiento general hacia la derecha es presentada como de “izquierda radical”, pero que defiende cosas que el SPD y hasta la CDU defendían inmediatamente después de la guerra) y el antimilitarismo. Por eso es descalificada política y mediáticamente como una fuerza irresponsable, al tiempo que es tentada para que regrese al redil renunciando, total o parcialmente, a ambos aspectos. Es, en definitiva, la única fuerza de cambio en un país blindado contra el.

-¿Qué dificultades encuentra la izquierda (entendiendo como tal cualquier izquierda que se salga de los márgenes del SPD) para prosperar en dicho panorama?

El habitual en toda Europa: la denigración mediática, la presión política, la hostilidad de los poderes económicos, pero todo ello de una forma más “organizada” que en cualquier otro país de Europa y más eficaz desde el punto de vista de la credulidad de la sociedad..

-¿Qué representa Oskar Lafontaine para la izquierda alemana y para el 'establishment' en general? ¿Y Gregor Gysi?

Lafontaine es un gran peligro porque es un político, brillante, muy competente que conoce muy bien el sistema por dentro, debido a su trayectoria y sus responsabilidades. Y es un hombre de principios que formula dos fronteras claras que dividen izquierda y derecha en su país, las dos cuestiones mencionadas. Gysi es más flexible en ambas cuestiones. Por eso, a largo plazo gente como Gysi es la esperanza del sistema en “domesticar” a Die Linke, como ocurrió en el pasado con el SPD y los verdes. Evidentemente no es el único que reúne esas características en Die Linke.

-¿Es extrapolable el éxito de un partido como Podemos a Alemania?

No. No existe en Alemania el nivel de desprestigio de las instituciones que hay en España y la ventana de oportunidades que ello abre. La sociedad alemana es muy activa en la defensa de intereses pero en el fondo está muy poco politizada. (véase el caso de los Piratas, un verdadero esperpento). No hay tradición de rebeldía desde abajo, sino de reforma desde arriba. El enfrentamiento, con el que los diversos intereses se miden, está feo y siempre cede a la colaboración.

-¿Qué valoración tiene que el presidente alemán Joachim Gauck, a quien se le presupone cierta neutralidad, exprese su temor sobre que Die Linke pueda llegar a gobernar?

Gauck es un producto del *establishment* en su día convenientemente cocinado por los grandes medios de comunicación (que no están al servicio del poder, sino que *son* el poder). Su biografía de “disidente” en la RDA es un fraude manifiesto. Fue literalmente llevado al poder (tras la demolición de su antecesor, Wulff) por su idoneidad neoliberal y promilitarista. Es un reaccionario en el sentido más genuino del término. Su cruzada contra Die Linke forma parte del papel para el que fue programado.

-Recientemente Bodo Ramelow fue elegido primer Ministerpräsident de Die Linke de un Bundesland en Alemania. ¿Qué importancia tiene esto?

No lo se. No creo que tenga mucha.

-¿Por qué Merkel tiene tanto éxito en Alemania?

Por miedo, en gran parte. El miedo es una figura central de la psicología colectiva alemana. En este caso miedo a que las cosas vayan aún peor en el país. Aunque ideológicamente es una Thatcher, su estilo es discreto y tranquilizador. Pero sobre todo, Merkel se beneficia del hecho de que no tiene a nadie enfrente: sus teóricos adversarios del SPD practican una política muy parecida a la suya y carecen de figuras. En la CDU ella se ha encargado de eliminar a todos aquellos que destacaban. De todas formas que gane elecciones no quiere decir que tenga “éxito” en el sentido de que suscite pasiones. No creo que Merkel suscite pasión o devoción carismática en Alemania. Simplemente “es lo que hay” en un país despolitizado, miedoso y alérgico a la rebeldía.

-Dirk Kurbjuweit, periodista de Der Spiegel, ha escrito un libro llamado "No hay alternativa"

en referencia a la época Merkel en Alemania. Según Kurbjuweit, todos los cancilleres precedentes manejaron cuestiones polémicas en sus legislaturas (el último ejemplo Schröder con su Agenda 2010). Para él, el éxito de Merkel está en que ha logrado un perfil bajo que evita las polémicas y que está poniendo en peligro la democracia en Alemania porque, como recuerda también George Packer en *The New Yorker*, el no-cuestionamiento entorno a su figura se basa además en neutralizar a la oposición "apropiándose" de algunos de sus planteamientos (comprensión con los sindicatos, retraso jubilación, ayudas, etc), todo ello, mientras los medios alemanes, predominantemente centristas, se limitan a hablar sobre cuestiones como "confort", "calidad de vida" o "seguridad". ¿Qué opinas de ese análisis?

Algo de eso puede haber, pero sobre todo se ha cultivado su imagen desde los medios. Los grandes escándalos suelen ignorarse (NSU/ NSA) y, es verdad, que ella tiene cierta habilidad para sobrevivir sin exponerse....

-Dice el periodista alemán Georg Diez en el perfil realizado sobre Angela Merkel en *The New Yorker* que "Alemania se está volviendo más alemana, menos occidental. Alemania ha descubierto sus raíces". ¿Existe algo así como un hecho diferencial alemán? (con la correspondiente incomodidad que pueda suscitar esa pregunta si nos atendemos al pasado reciente).

Alemania es lo que ha sido siempre a lo largo de su historia, el país de las revoluciones fallidas y las contrarrevoluciones preventivas exitosas, una especie de vanguardia reaccionaria europea, todo eso adaptado a la nueva "emancipación" que inaugura la Quinta Alemania tras la reunificación. Quizá ese autor exprese eso con lo de "redescubrir sus raíces" pero yo creo que en el fondo la Alemania de hoy es la Alemania de siempre en las circunstancias históricas actuales. Lo "diferencial", específico de Alemania, es su tradición política y cultural; la tradición del absolutismo, su filosofía especulativa siempre despegada de la práctica política, su rudo nacionalismo étnico tendente al racismo, la separación que practican entre cultura y civilización, en el sentido de que puede haber otros pueblos "civilizados" pero que solo los alemanes son "cultos", su ausencia completa de inteligencia emocional, su complejo de superioridad con el que envuelven la evidencia de su menor sofisticación, vital y cultural, hacia vecinos como Francia...

ÁNGEL FERRERO, periodista:

¿Cómo es la situación de Die Linke en el panorama político alemán? ¿Cuáles son sus principales obstáculos para el éxito político?

En 2014 La Izquierda perdió terreno incluso en Estados federados donde tradicionalmente

tenía arraigo, como Sajonia o Brandeburgo, donde llegó a perder más de ocho puntos porcentuales en las urnas. En las recientes elecciones de Hamburgo ha subido ligeramente, más de dos puntos. En las siguientes citas electorales se comprobará si se trata de una recuperación o de un caso aislado.

El principal obstáculo para su éxito político ha sido tradicionalmente su procedencia histórica. La Izquierda es el resultado de la fusión entre dos formaciones, la WASG (Alternativa electoral – trabajo y justicia social) y el PDS (Partido del Socialismo Democrático), nacido de las cenizas del SED (Partido Socialista Unificado) que gobernó la en la República Democrática Alemana durante las más de cuatro décadas de su existencia. Aunque en realidad estaba formado por reformistas y disidentes, los medios alemanes lo presentan como un heredero directo de aquel partido, una imagen a la que contribuyen algunos casos aislados de políticos del PDS que fueron informantes de la Stasi, los servicios secretos del interior de la RDA.

La historia reciente y la composición del partido lleva a debates internos, no siempre gestionados adecuadamente, que los medios de comunicación contrarios al partido saben explotar, presentándolo como “irresponsable” e “incapaz de gobernar”, aunque ha participado, con resultados dispares, en varias coaliciones de gobierno a nivel de Estado federado.

¿Es extrapolable el éxito de un partido como Podemos a Alemania?

No, las condiciones políticas y sociales que han permitido el nacimiento y el ascenso de Podemos en España no se dan en Alemania. Algunos periodistas intentaron presentar al Partido Pirata como un fenómeno político análogo al 15-M, y después se vio que no era cierto. En general, pocos fenómenos políticos –si alguno– son extrapolables. Se pueden establecer similitudes, paralelismos, pero más allá de eso...

¿En qué se diferencia, principalmente, el sistema político alemán del español?

“Sistema político” es una expresión muy amplia. Si de lo que hablamos es del sistema de partidos políticos en concreto, lo que consiguió La Izquierda es modificarlo, añadiendo un nuevo partido la mismo, en este sentido de un modo similar a lo que hicieron Los Verdes en los ochenta. Hasta entonces sólo había tres partidos con representación parlamentaria: la CDU (democristianos), SPD (socialdemócratas) y FDP (liberales). A más partidos, tanto a escala federal como en los Länder, más posibilidades de coaliciones. Salvo una pinza entre cristianodemócratas y La Izquierda, Alemania ha visto a diferentes niveles prácticamente todas las formas de coalición posible.

¿Qué valoración tiene que un presidente alemán exprese su temor sobre que Die Linke pueda llegar a gobernar?

Una cosa es la valoración que tiene y otra la que debería de tener. Noam Chomsky dijo en una ocasión que cualquier dictador admiraría la uniformidad y obediencia de los medios estadounidenses, y de los medios alemanes –al menos en los temas principales– puede decirse exactamente lo mismo. Que un presidente alemán exprese “su temor” a que gobierne un partido legal después de unas elecciones democráticas debería ser, obviamente, motivos de preocupación. Sus defensores alegaron su pasado como disidente en la RDA –en realidad, un capítulo de su vida exagerado– con el fin de justificar estas declaraciones. Tanto da, pues en Alemania el presidente es un cargo institucional y, como tal, se supone que debe de ser una figura de consenso y estar por encima de estas disputas partidarias. Y Joachim Gauck ha demostrado ser en varias ocasiones exactamente lo contrario.

Recientemente Bodo Ramelow fue elegido primer Ministerpräsident de Die Linke de un Bundesland en Alemania. ¿Qué importancia tiene esto?

Mucha. Bodo Ramelow es el primer Ministerpräsident de La Izquierda, elegido democráticamente. Además, Ramelow, que ganó en Turingia, en la antigua Alemania oriental, procede de Baja Sajonia, la antigua Alemania occidental, lo que sutura en cierto modo la vieja división del país. A pesar de la repercusión limitada que tendrá probablemente su mandato, ya que Turingia no es uno de los Land más importantes económicamente, y cuenta con limitaciones políticas que le impedirán seguramente cumplir íntegramente con su programa electoral, el mensaje no pasó desapercibido por los medios, que a pesar del conocido perfil moderado de Ramelow, cargaron contra su figura. Es claro que el objetivo del establishment será evitar que Ramelow pueda sentar un precedente.

Lothar Hornbogen, del equipo de comunicación de Bodo Ramelow:

Guten Tag,

wir möchten Ihre Fragen in kurzer Form beantworten und bitten Sie, sich auf unseren Internetseiten umfangreicher zu informieren.

-Eine konsequent linke Partei (gegen Sozialabbau, Friedenspolitik, internationale Solidarität) hat es in Deutschland schwer, die politische Wortführerschaft zu übernehmen. Die anderen im Deutschen Bundestag vertretenen Parteien stehen politisch in einem anderen Lager und argumentieren oft gemeinsam gegen politische Überlegungen / Vorschläge unserer Partei. Dennoch halten wir es erforderlich, mit SPD und GRÜNEN punktuell zusammen zu arbeiten und eventuell einmal eine gemeinsame Bundesregierung zu bilden (es gibt eine Reihe von Schnittstellen, besonders auf dem Gebiet der Sozialpolitik).

-Ja, wir haben Probleme mit der Mediengesellschaft, wenn es darum geht, unsere Positionen in den offiziellen Medien (Zeitungen, TV, Hörfunk) hinreichend widergespiegelt zu finden. Es zeigt sich immer wieder, dass gerade private TV-Anstalten die Positionen der LINKEN nicht berücksichtigen. In den Politiksendungen des öffentlich-rechtlichen Fernsehens hingegen ist unsere Partei mit ihren Spitzenpolitikern regelmäßig gut vertreten.

Die moderne Mediengesellschaft hat natürlich mehr zu bieten: Social Media, Social Web. Auf diesen Kanälen ist DIE LINKE stark vertreten. Keine andere der im Bundestag vertretenen Parteien hat so viele „Follower“ auf Facebook, Twitter etc. Die Interaktion wird von der LINKEN nicht nur stark genutzt, sondern ebenso gern von den Nutzern angenommen.

-Natürlich widerspiegelt sich im Rahmen der deutschen Geschichte und im Denken der Menschen nach wie vor die 40jährige Existenz der DDR. Die Meinungen über die DDR sind (auf ganz Deutschland bezogen) sehr unterschiedlich. Sie reichen von Befürwortung des Bestehens der DDR bis zu einer totalen Ablehnung. Dabei spielen jeweilige persönliche Erfahrungen und politische Einstellungen eine große Rolle.

-Eine offene „Hexenjagd“ gegen unsere Partei und links denkende Menschen gibt es nicht. Wir sind eine Partei, die Sitz und Stimme im Bundestag hat und an Landesregierungen beteiligt war und ist. Dennoch versuchen die ökonomisch und politisch Herrschenden natürlich, linkes Gedankengut so weit wie möglich zu unterdrücken bzw. auch mit zum Teil unsachlichen Argumenten abzuschwächen.

-Podemos ist zustande gekommen durch die Unzufriedenheit der spanischen Bevölkerung mit den etablierten Parteien, insbesondere mit der PP. Sie hat die Menschen durch Korruption und

Vetternwirtschaft enttäuscht. Krisenrettungsmaßnahmen der großen Parteien zogen eine weitere Verschlechterung der Lebensbedingungen des Volkes nach sich. Linke Parteien, wie Podemos und IU, bringen den Menschen Alternativen nahe. Wir sehen diese Entwicklung positiv und begrüßen es, dass linke Parteien auch in Spanien in Regierungsverantwortung kommen.

-Podemos ist attraktiv für junge Leute, aber auch für Menschen, die in soziale Not geraten sind. Podemos hat es geschafft, was vielen linken Parteien in Europa nicht gelingt: Eine glaubhafte Alternative für Menschen zu sein, die der üblichen Parteienpolitik nicht mehr zustimmen. Die Nähe zu sozialen Bewegungen und die gemeinschaftliche Zusammenarbeit ist die Stärke von Podemos; sie hat damit eine gewisse Vorbildwirkung für andere linke Parteien.

Tanja Tügel, miembro del equipo de comunicación de Gregor Gysi:

-Haben sie verschiedenen Problememen mit der Mediengesellschaft?

Als eine linke Oppositionspartei haben wir mit der ungleichen Behandlung in den meisten Medien zu tun. Unsere Inhalte werden oft gar nicht oder unvollständig bzw. verzerrt dargestellt. Wir versuchen unsere Inhalte direkt übers Internet, soziale Medien, eigene Publikationen in die Öffentlichkeit zu bringen.

-Und die Vergangenheit mit der DDR?

Die Gründung der Deutschen Demokratischen Republik war der legitime Versuch, nach dem alliierten Sieg über Nazi-Deutschland ein Wiedererstarken sozialer Antriebskräfte des Nationalsozialismus zu verhindern - Stichworte hierfür sind die Bodenreform und die Zerschlagung des Großkapitals - und einen sozialistischen Staat auf deutschem Boden aufzubauen. Dieser Versuch ist gescheitert. Dazu führten nicht nur die äußeren Bedingungen wie Blockkonfrontation und Kalter Krieg. Misslingen musste dieser Versuch vor allem aus inneren Gründen: wegen eines eklatanten Mangels an Demokratie und Missachtung elementarer Bürgerrechte, wegen des grundsätzlichen Misstrauens des Staatsapparates gegenüber den Bürgerinnen und Bürgern und, schließlich, wegen der mangelhaften Fähigkeit des Wirtschaftssystems, den Konsumbedürfnissen der Bevölkerung gerecht zu werden.

DIE LINKE lernt aus der Geschichte. Anspruch linker, emanzipatorischer Politik ist es immer, aus der Vergangenheit, aus der eigenen Geschichte Schlussfolgerungen für Gegenwart und Zukunft zu ziehen, aus Erfolgen wie aus den Niederlagen. Das gilt umso mehr für das Scheitern des realen Sozialismus im 20. Jahrhundert. Die DDR ist nicht an der Übermacht ihrer Gegner, sondern an ihren eigenen Mängeln und Fehlern, am Unrecht in Politik und System, am systematischen Misstrauen ihrer politischen Führung gegenüber der eigenen Bevölkerung gescheitert. Die PDS, die aus der ehemaligen Staatspartei SED hervorgegangen ist, überlebte und erstarkte nicht, weil sie die Geschichte leugnete oder einen Schlusstrich zog, sondern weil sie von Anfang an die Geschichte verarbeitete. Geschichte verarbeiten heißt für uns: in der kritischen Auseinandersetzung mit der Geschichte der SED und der DDR wie der eigenen Biografie zu besseren Einsichten und besserem Handeln zu kommen. Auf ihrem Außerordentlichen Parteitag 1989 hat sich die SED-PDS bei der Bevölkerung der DDR für das von der SED begangene Unrecht entschuldigt und einen Prozess der unwiderruflichen

Trennung von stalinistischen Traditionen der SED begonnen.

Die Geschichte der neuen LINKEN ist nicht nur die Geschichte der DDR oder die Geschichte von DDR-Bürgern. Zur Geschichte der LINKEN, die es zu verarbeiten gilt, aus der zu lernen ist, zählen auch die Erfolge, Niederlagen und Fehler des linken Aufbruchs in Westdeutschland nach 1967/68 und die mehrheitliche Wende der SPD zu einer neoliberalen, unsozialdemokratischen Politik.

-Hat die DDR immer noch Einfluss in der Politik?

Siehe auch die vorhergehende Antwort.

Die Probleme in Ostdeutschland haben selbstverständlich Einfluss in der Politik, weil in vielen Bereichen auch nach 25 Jahren immer noch Ungerechtigkeiten existieren.

25 Jahre nach der Herstellung der deutschen Einheit gibt es immer noch Unterschiede zwischen Ost und West: zum Beispiel bei Rente, Arbeitslosigkeit, Lebenserwartung oder Reichtumsverteilung. Alle Parteien sind sich einig, dass Ostdeutschland gegenüber der Gesamtheit der westdeutschen Länder in vieler Hinsicht schlechter gestellt ist. Aber nur DIE LINKE findet sich damit nicht ab. Unser Ziel sind gleichwertige Lebensverhältnisse in ganz Deutschland.

Viel stärker als Westdeutschland spaltet sich der Osten zunehmend in einige wenige Wachstumsgebiete und ganze Landstriche, in denen sich soziale, wirtschaftliche und demografische Probleme rasant verschärfen. Der Abstand zum Westen wächst wieder. Die Arbeitslosigkeit in Ostdeutschland ist anhaltend fast flächendeckend doppelt so hoch wie in den westdeutschen Bundesländern. Konjunktur hat vor allem der Niedriglohnsektor. Junge, qualifizierte Fachkräfte wandern ab. Die Kinderarmut ist gerade im Osten erschreckend hoch. Die Regierung Merkel hat den Osten aufgegeben. Der sogenannte „Aufbau Ost“ wurde seit 1990 viel zu oft nur als ein „Nachbau West“ betrieben, ohne vorhandene Potenziale zu nutzen und in Neues zu investieren. In Ostdeutschland sind vielerorts zwar eine moderne Infrastruktur oder Naturschutz- und Erholungsgebiete entstanden, die wichtige Standortfaktoren für Ansiedlungen darstellen. Aber gleichzeitig wurden die Forschungslandschaft ausgedünnt und staatlich geförderte Lohnunterschiede festgeschrieben. In den nächsten Jahren werden sich diese Entwicklungen mit dem Abschmelzen der Solidarpaktmittel und der Reduzierung von EU-Fördermitteln noch verschärfen.

Dabei ist der Osten aus der Zeit vor und nach dem Mauerfall reich an positiven Erfahrungen, die bisher kaum genutzt werden, z.B. beim Stadtumbau, bei Konversion oder der Nutzung erneuerbarer Energien. Im Osten gibt es heute emanzipativere Familienformen, mehr gemeinwohlorientiertes Wirtschaften und mehr vollzeiterwerbstätige Frauen.

Diesen Erfahrungsvorsprung Ost will DIE LINKE nutzen, indem wir in Ostdeutschland den sozial-ökologischen Umbau gestalten. Das beinhaltet zum Beispiel eine demokratisierte Regionalplanung, den Erhalt und gezielten Einsatz von Ost-Fördermitteln und die Stärkung regionaler Wirtschaftskreisläufe. Dabei wollen wir die Ausstattungsvorsprünge des Ostens erhalten, zum Beispiel bei der frühkindlichen Betreuung und Bildung, und auf den Westen übertragen. Außerdem sollen ostdeutsche Erfahrungsvorsprünge wie die mit Polikliniken, Gemeindeschwestern oder einem starken Genossenschaftswesen auf die ganze

Bundesrepublik ausgeweitet werden. Denn von den Erfahrungen im Osten können auch viele Regionen im Westen lernen.

Ihr wichtigstes Regierungsversprechen für Ostdeutschland hat Kanzlerin Merkel gebrochen: Es wird keine Angleichung der Ostrenten geben – entgegen der Festlegung im Koalitionsvertrag. DIE LINKE will diese Diskriminierung endlich beseitigen. Wir fordern die Angleichung des niedrigeren Rentenwerts in Ostdeutschland an den Rentenwert West. Ein wichtiges Anliegen ist uns auch die sozial gerechte Überführung der DDR-Altersversorgung in das bundesrepublikanische Recht. Denn die bestehenden Regelungen bringen ganze Berufsgruppen um große Teile ihrer Rentenansprüche. Außerdem fordern wir die Anhebung der ostdeutschen Löhne und Gehälter bei gleicher Arbeitszeit an das westdeutsche Niveau.

-Gibt es in Deutschland eine Hexenjagd gegen Die Linke?

Von einer Hexenjagd sprechen wir nicht, aber es gibt Einschüchterungsversuche. Jahrzehntlang wurden die Abgeordneten der PDS / der LINKEN vom Verfassungsschutz beobachtet. In den meisten Bundesländern und bundesweit werden Teile der LINKEN vom Verfassungsschutz beobachtet. In Bayern müssen Bewerberinnen und Bewerber für eine Stelle im öffentlichen Dienst angeben, ob sie Mitglied der LINKEN sind. Diese undemokratische Praktiken lehnen wir strikt ab.

-Was denken sie über der Erfolg-Podemos nach?

-Welche Lehren können sie von Podemos zu ziehen?

Wir freuen uns über die Entwicklung von PODEMOS sehr. PODEMOS ist in der Fraktion GUE/NGL und wir haben sehr engen Kontakt. Wir hoffen sehr, dass PODEMOS bei den nächsten Wahlen, wie SYRIZA in Griechenland, ein sehr gutes Wahlergebnis erzielen